

LAMARQUE
FLORES
MARCHITAS



DRPS
FA
716

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria

0500765110



LAMARQUE
—
FLORES
MARCHITAS

1

Ex Libris



Russell Perry Sebold III

PL DRPS FH/0716 v.1

0500765110

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE



FLORES MARCHITAS



BALADAS Y LEYENDAS

TOMO I

SEVILLA

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1877

*A la memoria de los señores
D. Ramon Diaz y Giraldez y
D^a Dolores Fernandez y Laz-
quez, su amante hija*

ANTONIA DIAZ
DE LAMARQUE

PRÓLOGO

PROLOGO⁽¹⁾

Honrado por la benévola amistad de la Sra. D.^a Antonia Diaz de Lamarque con el grato encargo de escribir algunos renglones que sirvan de encabezamiento á este tomo de poesías, habia pensado comenzar mi tarea diciendo lo que, segun mi juicio, significa la costumbre de los prólogos, tan generalizada hoy en nuestra literatura patria, cuando llegó á mis manos el último libro publicado por el distinguido literato francés y entusiasta apologista de nuestras pasadas glorias nacionales Mr. Antonio de Latour, y en sus páginas encontré por punto general tan bien expresado mi propio pensamiento, que no vacilé ni un solo instante en traducir sus palabras para sustituir, seguramente con ventaja conocida, las que á este propósito yo hubiera podido escribir. Dice así el reputado autor de las correspondencias españolas en la *Revue Britannique*.

«Antiguamente en España, y no sólo en España, ningun libro se presentaba al público sin un necesario séquito de nombres ilustres que recomendaban al reciénvenido, demandando la benévola simpatía de sus lectores. Entrad en una biblioteca y abrid la primera obra un poco antigua que caiga bajo vuestra mano, y para llegar hasta el autor ten-

dréis que atravesar una floresta virgen de odas, epístolas, sonetos, acrósticos y no se sabe qué más. ¡Cuántos libros no tienen más interés que la proximidad, alguna vez hartocasionada á la malicia, de un nombre que ha quedado tan oscurecido como el de sus patronos literarios! ¡Así la posteridad se ha burlado de los unos y de los otros! Pero sin llegar á este doble desengaño, ¡cuántas odas y sonetos han pretendido aparecer como fées de vida, y sólo han conseguido ser frios y lánguidos epitafios fastuosamente grabados sobre una tumba vacía! La moderna España ha guardado algo de esta antigua costumbre; pero en ella el orgullo ha tomado las apariencias de modestia. Aquellos versos y aquella prosa ditirámbica han sido substituidos por un sencillo prólogo, y los más ilustres escritores no se desdeñan de ofrecerlo ni de aceptarlo. Prólogo es la palabra exacta; prefacio ó introduccion no significa la misma cosa. El prólogo es aquí, como en el teatro griego, un personaje que toma la palabra para anunciar al lector lo que va á leer. Es, sin embargo, algo más que un mensajero del autor; es, hablando en general, un padrino que responde por su ahijado; ó, más sencillamente, un amigo que presenta á otro amigo en el mundo; y las cosas pasan aquí con corta diferencia del mismo modo que en los salones. Una mano que se estrecha con afecto al presentante; una sonrisa velada por la duda de lo desconocido para el presentado; y todo está concluido.»

Al terminar la cita de Mr. de Latour debo decir que disiento de su opinion cuando considera el prólogo como un acto de falsa modestia, y paréceme que todo el espíritu de su propio escrito se halla en desacuerdo con esta afirmacion un tanto aventurada; y tambien debo manifestar que se ofrece á mi mente una grave dificultad para hacer la debida aplicacion de la teoría general del prólogo al caso presente. Parece natural que el prologuista, que es el presentante, sea más conocido en la república literaria

que el autor del libro, que es el presentado; y actualmente bien puedo decir, sin *alardear modestia*, como escribirían ciertos puristas al uso, que sucede todo lo contrario, puesto que la Sra. Diaz de Lamarque es mucho más conocida entre los amantes de las letras que el oscuro nombre que se hallará al finalizar estos desaliñados renglones. Y hechas estas observaciones, que de mí imperiosamente exigía el respeto á la verdad de los hechos, comenzaré la presentacion de este libro ocupándome de la circunstancia que primeramente fijará la atencion de la mayor parte de sus lectores.

«¡Una literata! ¡Una poetisa! La obligacion exclusiva de la mujer consiste en gobernar su casa, educar á sus hijos, ser ejemplo de fidelidad como esposa, de sumiso respeto como hija, de abnegacion como madre! Dejad al hombre que cultive el arte y sea poeta; que se consagre á Dios y sea sacerdote; que se ocupe de los destinos de su patria, y, como hábil político, llegue á ocupar un puesto en las esferas de la gobernacion del Estado.» Así acostumbran á hablar los hombres prácticos que se creen únicos depositarios del sentido comun, y en realidad de verdad sólo guardan en su conciencia, como sagrado depósito, todos los viejos errores de las edades que pasaron. Y no digais que el haberse negado siempre á la mujer las cualidades propias para brillar fuera del hogar doméstico es una prueba de la verdad de vuestras teorías, nó; la historia misma presenta una contradiccion notabilísima entre la tésis en ella dominante de que el sexo femenino tiene una mision inferior á la del hombre, y el hecho de que desde la más remota antigüedad se ha concedido á la mujer el acceso á la suprema magistratura del Estado. Desde la más remota antigüedad han existido reinas cuyos nombres han llegado hasta nosotros rodeados de esplendor: Semíramis, Zenobia, Artemisa y la cristiana Pulqueria. Y en los tiempos modernos Isabel de Inglaterra, Catalina de Rusia, D.^a Ma-

ría de Molina y la Conquistadora de Granada han ilustrado sus reinados con páginas de gloria, que difícilmente se encuentran otras semejantes en la historia de los pueblos cuyos destinos rigieron.

No pretendo con lo hasta aquí dicho negar en absoluto la diferencia de los fines asignados por las leyes divinas á los dos sexos en que se divide la humanidad; pero sí hacer notar que los límites en que debe encerrarse la actividad del que acostumbramos á llamar sexo débil son mucho más dudosos de lo que presume la presuntuosa ignorancia engendrada por vulgares y antiguas preocupaciones. Y ciertamente que el cultivo del Arte paréceme una de las esferas de la vida que con más notoria injusticia se ha pretendido cerrar á la mujer, desconociendo por completo que el Arte halla su fuente en el sentimiento, y que si en el sexo masculino predomina la reflexiva razon, precisamente en su contrario ha de predominar el apasionado sentimiento, si ámbos han de constituir ese sér armónico que Humanidad se nombra.

Lo que es verdadero en la region de los principios generales siempre se ve confirmado en el desenvolvimiento de los hechos particulares. Recorred la historia de las modernas literaturas europeas, y apesar de los obstáculos que hasta ahora, y áun ahora mismo, se oponen á la educacion intelectual de la mujer, veréis cómo las obras de las poetisas y de las literatas figuran en primer término y muchas de ellas al lado de las más encumbradas creaciones del pensamiento humano.

Fijando nuestra atencion en España, en la patria de la esclarecida escritora Santa Teresa de Jesus, ¿creeis que existan en ella muchos autores dramáticos capaces de escribir obras semejantes al *Saul* ó al *Baltasar* de la Sra. Avellaneda? ¿Conoceis muchas novelas contemporáneas que aventajen á las que ha dado á la estampa la dama que se oculta bajo el pseudónimo de Fernan Caballero? Y á los

que son creyentes en la justicia de las calificaciones oficiales les recordaré aquí que cuando la Academia de la Lengua abrió un concurso para premiar la mejor novela española escrita en la edad contemporánea, la Srta. D.^a Ángela Grassi obtuvo una de las dos menciones honoríficas, que fueron los únicos premios en aquella ocasion por la Academia concedidos.

Pasando al género lírico, de que principalmente ahora voy á ocuparme, las poesías de la yá citada Sra. Avellaneda, de D.^a Concepcion Arenal (2), Carolina Coronado, Micaela de Silva, las de la autora de este libro y algunas otras que citar pudiera, son evidente prueba de lo muy de acuerdo que se halla con la índole del carácter femenino la expresion de la belleza por medio de las formas subjetivas de la inspiracion lírica.

Y despues de tan largos, aunque en mi sentir no inoportunos prolegómenos, hora es yá de que me ocupe exclusivamente de la coleccion poética cuyo prólogo me ha sido encomendado; tarea por extremo difícil, pues aparte de mi falta de autoridad para recomendar á la pública atencion obras que por sí solas se recomiendan suficientemente, existe otra causa que con entera franqueza debo expresar ahora; pues yo tengo para mí que la verdad es siempre, como línea recta en geometría, el camino más corto para llegar de un punto á otro. En dos distintas ocasiones me he ocupado de las excelencias que avaloran y de los defectos que deslustran, segun mi leal saber y entender, la Escuela poética de Sevilla. Fué la primera al publicarse la coleccion de poesías de mi querido amigo Fernando de Gabriel, y la segunda al juzgar en mi artículo crítico, publicado en la *Revista de España*, el primer tomo de las poesías de la Sra. Diaz de Lamarque, las de su esposo el Sr. Lamarque de Novoa y las del Sr. Campillo. En ámbas ocasiones, y muy singularmente en la segunda, procuré motivar mis opiniones, y áun tuve que romper lanzas y combatir con ar-

mas corteses algun juicio, segun mi opinion poco exacto, que mi distinguido amigo el Sr. D. José Fernandez-Espino ha dejado expuesto en el prólogo de otro volumen de poesías de la Sra. de Lamarque. Aun más: mi artículo sobre las poesías de Fernando de Gabriel fué censurado por Mr. de Latour en una correspondencia de la *Revue Britannique*; yo traduje al español esta correspondencia, acompañándola de algunas notas críticas en defensa de mis apreciaciones yá anteriormente expuestas. No es este lugar oportuno para continuar mis polémicas acerca de la Escuela Sevillana; y, sin embargo, hay grave peligro de que así suceda, por más que yo procure evitarlo, pues es lo cierto que las poesías de la Sra. Diaz de Lamarque pertenecen á esta Escuela, tanto por lo que toca á la disposicion de su forma como por lo que podríamos llamar la generacion artística de su interno contenido.

La historia de la Escuela Sevillana, si hacemos caso omiso de la época árabe en que florecieron Al-Motadid é Ibn-Said, los líricos de la régia estirpe de los Abbadidas, y tantos otros poetas cuyas novelescas aventuras y apasionadas canciones han producido las más bellas páginas del entretenido libro escrito por el docto alemán Adolfo Federico de Schack, y traducido al castellano con notable esmero por mi buen amigo el Sr. Valera; la Escuela Sevillana, considerada en lo que generalmente se entiende por esta palabra, presenta tres épocas perfectamente distintas: pertenecen á la primera los poetas fundadores Fernando de Herrera, Francisco de Rioja, quizá hoy merezca contarse al lado suyo á Rodrigo Caro, y los que de cerca siguen sus huellas, Jáuregui, Arguijo, Alcázar, Cetina y algunos otros: forman la segunda época los poetas restauradores del siglo XVIII y principios del presente, Lista y Reinoso, á la cabeza, y despues Arjona, Blanco, Roldan, Nuñez, Castro, Capitan y Mármol; y, por último, constituyen la tercera época los autores contemporáneos, entre los cuales deben mencionarse

el presbítero D. Francisco Rodriguez Zapata y los señores Fernandez-Espino, Justiniano, De Gabriel, Bueno, Lamarque, Campillo, Reina y algunos más (3). Entre esta pléyade de ingenios que de citar acabo ocupa la Sra. Diaz de Lamarque puesto eminente y lugar de preferencia. Y yá he dicho en otra parte, y aquí debo repetirlo, que los poetas sevillanos de la edad presente aventajan, bajo más de un concepto, á los celebrados restauradores de la Escuela Sevillana. Su inspiracion busca en sus individuales creencias el motivo de sus cantos, y sin haber aún logrado separarse por completo de los dogmatismos formalistas de la pasada centuria, comprenden que, como decia el crítico francés, en literatura sólo hay un género que en absoluto debe desecharse, el género fastidioso.

En cuanto á la forma, la Sra. Diaz de Lamarque admite la variedad de combinaciones métricas que el romanticismo hizo prevalecer apesar de la tenaz oposicion de los intransigentes clásicos. En cuanto al fondo, el sentimiento religioso-moral puede decirse que es el predominante en la mayor parte de sus composiciones. *Creencias y esperanzas* pudieran titularse estas colecciones de poesías, y la autora ha resumido el fondo general de todos sus pensamientos cuando un dia dijo:

«¡Esperad y creed!... Es infinita
La clemencia de Dios. ¡Feliz mil veces
Quien fiel lo aclama y en su amor confia!»

Así tambien, al comenzar su poema *María en Montserrat*, se dirige á la Fé y la invoca en los términos siguientes:

«Sagrada Fé, resplandeciente faro
Que en el lóbrego mar de la existencia
Próvida brindas celestial amparo
Á la santa virtud y á la inocencia;
Tú, á cuyo resplandor sublime y claro,
Admirando la suma Omnipotencia

Del soberano Autor del firmamento,
Abítmase asombrado el pensamiento;

»Tú, que de los errores y las dudas
Las densas nubes poderosa ahuyentas,
Y ante las huestes fieras y sañudas
De la impiedad en triunfo te presentas;
Tú, que al débil mortal benigna escudas,
Que en la senda del bien dulce le alientas
Y á la apacible sombra de tu velo
Prestas á su dolor almo consuelo.»

Yá que he citado el poema *María en Montserrat* debo recordar aquí que esta composición poética fué justamente laureada en el certámen de 1864 de la *Academia Bibliográfico-Mariana*, en cuyo mismo año también obtuvo esta merecida honra una oda del Sr. Lamarque de Novoa titulada *Á la Virgen María en Montserrat*. Y no es esta la única coincidencia que puede señalarse en la vida literaria de la poetisa y del poeta que se hallan enlazados por conyugales vínculos, pues, como ha observado un crítico: «Hay tal identidad de sentimiento é ideas entre las poesías de la señora Diaz de Lamarque y las de su esposo, que sin violencia pueden examinarse en conjunto y bajo un mismo concepto. En ámbas campea la corrección de forma peculiar de la tradicional Escuela Sevillana, tan injustamente censurada por quien no la conoce ó conociéndola desatiende y olvida sus buenas cualidades; en ámbas se divisan y recorren los mismos horizontes poéticos; y, para mayor semejanza, varias poesías de las que componen una y otra colección están dedicadas á enaltecer iguales asuntos. En cuanto á su corrección, el oído más delidado, el gusto más exquisito apenas encontrará un verso flojo ó duro, un epíteto inútil, una palabra impropia ó una locución vulgar ó desaliñada. Verdad es que no constituye esto la poesía, pero también lo es que ninguna poesía logra su fin si no se reviste de tales condiciones. No basta la belleza interna sin

la exterior; así como no basta que una mujer sea virtuosa, necesario es también que lo parezca. Insistimos en esto porque la atención de los actuales críticos suele fijarse casi exclusivamente en el fondo con notable detrimento de la forma, lo cual es error, pues uno y otra se influyen y penetran de tal suerte, que forzoso es considerarlos primero en sí y luego en sus mutuas relaciones si ha de ser la crítica, como debe, un verdadero juicio literario. Respecto á la inspiración, alma verdadera del Arte, existe y en no escaso raudal en muchas de las composiciones de ámbos poetas, especialmente en las de índole religiosa y descriptiva; no elevándose ménos al tratar de las glorias patrias, cuya contemplación y recuerdo siempre son y serán gratos á los corazones españoles.»

Y más adelante, explicando el mismo crítico la causa de esta semejanza, dice que: «Si el habitar un mismo clima, el contemplar idénticas perspectivas de tierra y cielo y haber formado y robustecido el buen gusto literario sobre modelos comunes basta para producir en los poetas de ciertas zonas una vaga pero perceptible semejanza de familia, que es á lo que se llama escuela, indudablemente la semejanza será mayor entre las obras de aquellos artistas cuyas existencias se mezclan y corren unidas á la manera de los ríos que, juntando sus raudales, fertilizan y reflejan las mismas riberas y la misma extensión de firmamento. Este caso, no muy raro en la historia del Arte y aún ciñendonos á nuestro país donde tenemos en pintura los Heróteras, en poesía los Argensolas y en escultura los Roldanes, se verifica con no menor exactitud en el parecido respecto á los poetas de cuyas composiciones damos cuenta á nuestros lectores.»

De acuerdo con casi todas las apreciaciones de la cita que acabo de hacer, no creo que su autor me considere incluido en el número de los injustos censores de la Escuela Sevillana, pues si yo he señalado en alguna ocasión los

defectos que la deslustran, tampoco he escaseado los elogios que merecen sus conocidas excelencias. Y no digo más acerca de esto, pues he prometido no convertir en palenque de justa literaria el pacífico terreno de un amistoso prólogo.

Pasando á ocuparme de otro asunto recordaré aquí la idea sostenida por los preceptistas del pasado siglo, y áun no abandonada del todo en el presente, de que no es posible sostener el brio y elegancia del lenguaje poético sin recurrir á la nomenclatura mitológica; sin llamar Apolo al sol y Diana á la luna; sin personificar la guerra en Marte, la hermosura en Venus y la sabiduría en Minerva; y contestando á los que consideraban esto como una inexcusable impropiedad, yá que no ridícula manía, escribió D. Alberto Lista en sus *Ensayos literarios y críticos*: «La acusacion de haber hecho uso de la nomenclatura y de las fábulas mitológicas, que parece la más fundada contra poetas que profesaban el cristianismo, es sin embargo la más injusta de todas. La mitología no es otra cosa que la descripcion poética del mundo físico y moral; sus consejas son, generalmente hablando, alusiones y alegorías ingeniosas creadas por el talento de los griegos. Forman, pues, el tesoro de la poesía de todas las naciones procedentes de la civilizacion griega y romana. Privarlas de él es quitarlas los medios de personificar las pasiones y de elevar el lenguaje poético sobre el comun y vulgar de los hombres, y, por consiguiente, es quitar á la imaginacion sus derechos y obligarla á contentarse con prosa rimada y filosofía. Sólo deberémos advertir que la nomenclatura mitológica no puede tener lugar en las poesías cristianas, y la misma excepcion prueba la regla, porque en este género de composiciones deben ser otros los medios de conmover la imaginacion y de excitar los sentimientos.» ¡La excepcion prueba la regla! ¡Donosa prueba! ¿Por qué si se puede conservar la dignidad del lenguaje poético en las composiciones

religiosas sin recurrir á las fábulas mitológicas no podrá hacerse lo mismo en las poesías de otro género? Parece que me dejo llevar nuevamente de mi aficion á la controversia, y, sin embargo, necesario era recordar estas máximas tan autorizadas por los preceptistas literarios para avalorar debidamente el mérito contraido por la Sra. Diaz de Lamarque en haber tenido el buen gusto de no seguirlas y haber probado en sus poesías la posibilidad de no caer en el prosaismo del lenguaje, apesar de no haber recurrido á los tradicionales auxilios de la nomenclatura mitológica, á no ser en aquellas en que canta hechos de la antigüedad pagana; *La Destruccion de Numancia*, por ejemplo, cuya excepcion tiene verdaderamente muy racional fundamento. Debo tambien llamar la atencion de los lectores sobre el acendrado amor á nuestras glorias nacionales que resplandece en muchas de las composiciones de la poetisa andaluza. Unido este amor patrio con el sentimiento religioso, ha producido el canto que lleva por título *El Triunfo de la Santa Cruz en las Navas de Tolosa*, cuyas rotundas octavas reales parecen escritas con la misma facilidad que la corriente prosa; unido con la idea moral, ha inspirado los bellos romances *Leonor Dávalos*, dedicado á una modesta heroína, mártir del pudor femenino, que recuerda con hechos verdaderos la *Virginia* ideada por Bernardino de Saint-Pierre, y *La Vanidad burlada*, en que relata uno de los hechos de armas más gloriosos y más olvidados de nuestra historia, la defensa de Cartagena de Indias, en donde el almirante inglés Vernon, que habia hecho acuñar medallas representando su triunfo, hubo de guardarlas para mejor ocasion, huyendo derrotado por el poderoso esfuerzo de los soldados españoles y de los habitantes de la ciudad que comandaba el capitán general D. Sebastian de Eslava, el gobernador de la plaza D. Melchor de Navarrete y el comandante general de la escuadra surta en el puerto D. Blas de Leso. Digno de encomio es que

la poesía se dedique á recordarnos los altos ejemplos de valor y entusiasmo patrio de las generaciones que nos han precedido, pues la existencia de las nacionalidades llena un fin histórico que en vano pretenden negar los utopistas que sólo ven la humanidad como una abstracción unitaria sin contenido real ni interior desenvolvimiento.

La Sra. Díaz de Lamarque se propone escribir una colección de fábulas, y por varias que en algunos periódicos se han publicado quizá podría decirse que este género es el que más se adapta á la índole moral predominante en su pensamiento, y entónces existiría una semejanza más entre su carácter literario y el de su esposo. En efecto, el Sr. Lamarque está escribiendo una colección de baladas que, según nuestra opinión, han de considerarse *por honra principal de sus escritos*. ¿Y quién no ve la analogía que existe entre la fábula y la balada? Aguárdese la publicación de ámbas colecciones y entónces podrá notarse si mis apreciaciones se hallan ó no desvirtuadas de fundamento.

Antes de terminar transcribiré aquí algunos párrafos del juicio que otra poetisa, la Sra. Sinués de Marco, ha formulado sobre las poesías de la autora de este libro; párrafos en que se revela el entusiasmo de la artista y los dulces sentimientos propios de la mujer. Dicen así: «No hay ciertamente en el moderno Parnaso lira alguna que aventaje en ternura, melodía, suavidad y sentimiento á la de la ilustre escritora que nos ocupa: sus cuerdas siempre que suenan parecen pulsadas por la delicada mano de las Gracias; el ángel de la castidad la ha coronado de flores; el querube guardador de la pureza la cobija bajo sus alas; perlas y azucenas brotan de su arpa de oro, y si alguna vez de entre sus notas nace el llanto, sólo es como el dulce rocío de la virtud.» Y más adelante añade: «Por todo lo dicho se comprenderá que la bella, fresca y lozana inspiración de esta ilustre poetisa no reside únicamente en su cerebro, sino que vive igualmente en su corazón y tiene su base en

los más nobles y generosos sentimientos. Cuantos escriben, y en particular las mujeres, dejamos en nuestros escritos una parte de nosotras mismas; así, pues, puede juzgarse de lo que valdrá esta dulce poetisa por la parte de su espíritu que nos manifiesta, y hasta qué punto es grande y bella el alma que tan noble y sublime sello sabe imprimir en sus obras..... Bien venida sea esa preciosa colección de cantos en los cuales están ensalzadas las glorias religiosas y patrias y todos los sentimientos nobles del corazón humano: bien llegada sea á la arena literaria donde se mirará siempre como un modelo de belleza.» Y después de ocuparse de las poesías del Sr. Lamarque de Novoa termina diciendo: «¡Felices los esposos que, como los Sres. Lamarque, caminan apoyados uno en otro por el valle de la vida llevando en el alma la santa llama de la poesía! ¡Felices los consortes que se unen con la doble é indisoluble cadena de las más nobles simpatías, del más claro talento y del raciocinio más ilustrado y más perfecto! ¿Qué hay en la tierra comparable á esta dulce, profunda y completa intimidad moral é intelectual, á esta conformidad de impresiones y de aspiraciones nobles y elevadas?»

Una palabra más y concluyo. Aspirase en las poesías de Antonia Díaz de Lamarque un ambiente de bondad ingénita y de dulcísimas esperanzas que involuntariamente trae á la memoria el generoso pensamiento que un día hizo exclamar á Carolina Coronado:

«Cante la que mostrar la erguida frente
Pueda serenamente
Sin mancilla á la luz del claro cielo;
Cante la que á este mundo,
En maldades fecundo,
Venga con su bondad á dar consuelo.»

LUIS VIDART.

Sevilla 14 de Abril de 1869.

FLORES MARCHITAS

POESIAS

À MIS VERSOS

Cuando el sol de primavera
Su espléndida luz envía,
Flores brindar aunque humildes
Puede la estéril campiña:

Empero ¿quién, si el estío
Su árido seno calcina,
Los muertos ramos intenta
Reunir de su pompa efímera?

¿Hay poder que del olvido
Salvar por suerte consiga
Miseras hojas que deben
Existir tan sólo un día?

Pompa vana y pasajera
 De mi juventud perdida,
 Pobres versos sin encanto,
 Tristes flores yá marchitas;
 Cumplisteis vuestro destino
 Solaz dando al alma mia,
 ¿Á qué sentir el deseo
 De prolongar vuestra vida?
 ¿Cómo á emprender nueva senda
 Á mi pesar os obligan,
 Alzando el velo de olvido
 Que os encubre y patrocina?

Mas ¿quién no accede al anhelo
 De cariñosa familia?
 Seguid, mis versos, el rumbo
 Á que la suerte os destina.
 No la crítica os arredre:
 Os buscan manos amigas,
 Y os protegerá entre extraños
 Benévola cortesía.
 Sólo con tal certidumbre
 Partir os veré tranquila,
 Juntas en modesto ramo,
 Mis pobres flores marchitas.

SUEÑOS DEL ALMA

Reina abril: por la llanura
 Su manto de flores tiende,
 Y en sed de eterna ventura
 Á la vez el alma pura
 De la juventud enciende.

Elfa, la de azules ojos
 Y dorada cabellera,
 La niña de labios rojos
 Que saben templar enojos
 Con su sonrisa hechicera;

Deja su alegre morada
 Presa de extraño desvelo,
 Y, por la noche amparada,
 En la desierta enramada
 Da libre rienda á su anhelo.

Blanca estrella precursora
 Del alba en el cielo brilla:
 Elfa en tan plácida hora
 Del Bétis busca en la orilla
 Tregua al mal que la devora.

¿Qué sufre? en su rostro bello
 Aún de infantil inocencia
 Grabado mírase el sello,
 Que de su grata existencia
 Aún luce el primer destello.

Mas por alcanzar suspira
 Bienandanzas inmortales,
 Y en viva ansiedad delira
 Hora que yá en los umbrales
 De la juventud se mira.

Bajo el álamo frondoso
 Que engalana la ribera
 Del Guadalquivir undoso,
 La niña aspira en reposo
 El aura tibia y ligera.

Y adormida blandamente
 Con el rumor halagüeño
 De la pausada corriente,
 En alas de grato ensueño
 Dichosa eleva su mente.

Surgir de la linfa pura
 Contempla al anciano rio,
 Que bien inmenso le augura,
 Descorriendo el velo umbrío
 Que encubre su edad futura.

Su diestra señala el cielo;
 Elfa ve con vivo anhelo
 Que, hermosa cual un querube,
 Gentil doncella hácia el suelo
 Desciende en flotante nube.

La ve llegar sonriente:
 El fulgor que anuncia el día
 Circunda su blanca frente:
 Habla, y su voz el ambiente
 Llena de dulce armonía.

«Yo soy la esperanza:
 Dichoso el que alcanza
 Mi grata sonrisa por siempre á mirar.
 Yo soy de la vida la sola ventura,
 La antorcha más pura
 Que puede del hombre la senda alumbrar.

»Mi númen el cielo,
 Mi voz el consuelo
 Que calma la angustia, que amengua el dolor:
 Por mí se engalana la vida de flores,
 Por mí hallan colores
 Los vagos ensueños de gloria y de amor.

»Risueña á tí llego,
 Yá el blando sosiego
 Que inspira la infancia cesó para tí;
 Sedienta de dichas, del mundo á la puerta,
 Tu mente despierta....
 ¡Feliz si en tu anhelo te acoges á mí!»

Dice: los aires hendiendo,
 Cercada de blanca nube,
 Pasa en breve sonriendo,
 Y á Elfa la vista volviendo
 Al espacio lenta sube.

Trina el ave en la enramada,
 Sobre las olas su manto
 La niebla tiende pausada:
 Elfa, rendida al encanto
 De la risueña alborada,

Voces escucha argentinas;
 En níveas gasas envueltas
 Ve pasar bellas ondinas,
 Por las aguas cristalinas
 Girando en pausadas vueltas.

De su tardo movimiento
 Á la cadencia süave
 Unen el mágico acento,
 Y canto armonioso y grave
 Lleva en sus alas el viento.

—«Ilusiones el mundo nos llama,
 La esperanza su aliento nos da:
 Por nosotras la mente se inflama
 Del que dichas anhela gozar.

»Puede el aura de mirto y de rosa
 Coronar las auroras de abril,
 Puede hacer nuestra voz poderosa
 Todo un mundo de encantos surgir.

»Elfa pura, yá el término llega
 De tu alegre, tranquila niñez;
 Yá tu mente sus alas despliega,
 Y á tu lado propicias nos ves.

»¿Qué ambicionas? Por tí la esperanza
 En su auxilio nos hace acudir,
 Sendas mil de inmortal bienandanza
 Nuestra mano abrirá para tí.

»¿Seguir quieres las plácidas huellas
 Donde siempre triunfó la beldad?
 Llega al mundo, que bella entre bellas
 Victoriosa la frente alzarás.

»Pueden galas y perlas y flores
 Á tus gracias más gracia añadir;
 Y placeres y gratos loores
 Hallarás de festin en festin.

»¿Del gran mundo ornamento ser quieres?
 Aplaudida por todos serás.
 ¿Á su afan y tumulto prefieres
 La paz dulce que brinda el hogar?

»Nunca nube de oculta tristeza
 Velará tu risueña mansion,
 Y sus flores de santa pureza
 Te darán la amistad y el amor.

»¿Siente anhelo de gloria tu alma?
 Brindarán como premio á tus piés
 La poesía su espléndida palma,
 Y las artes su noble laurel.

»Ilustrada, del bien siendo ejemplo
 Correrá tu feliz juventud,
 Miéntras grande tu nombre en su templo
 Graba el genio con rasgos de luz.

»Mensajero del bien, hoy te augura
 Nuestro acento placeres sin fin:
 Elfa hermosa, perpétua ventura
 La existencia tendrá para tí.»

La niña eleva la frente:
 Trocadas yá las tinieblas
 Contempla en luz transparente;
 Girar ve por el ambiente
 Desvanecidas las nieblas;

Y al esplendor que derrama
 Del día el naciente rayo,
 Vivaz recuerdo la inflama,
 Y de su dulce desmayo
 Vuelta en sí gozosa exclama:

«Plácido río, ilusiones,
 Esperanza que halagais
 Mi noble orgullo y brindais
 Á mi afán tan gratos dones;
 En altas aspiraciones
 Yá mi espíritu se enciende,
 Y hoy que de mi vida esplende
 Aurora de alma ventura,
 Soñando, á la edad futura
 Ansioso sus alas tiende.

»¡Sólo bien en lontananza!...
 Por senda ornada de flores,
 Dichas, placeres, honores,
 Paz, celeste bienandanza!...
 Ilusiones, esperanza,
 Que abris tan grato camino,
 Vuestro aliento peregrino
 Por siempre mi númen sea,
 Y cumplido al fin se vea
 Mi venturoso destino.»

II

Seis veces la primavera
 Tendió su manto de flores,
 Y yá de nuevo hechicera
 Brinda al bosque y la pradera
 Luz y aromas y colores.

Elfa, la azucena pura
 Que grato perfume exhala,
 La altiva y casta hermosura
 Que por su gracia y cordura
 Del suelo andaluz es gala;

Sintiendo ocultos pesares
 Corre por el valle ameno,
 Que entre acacias y azahares
 Y entre pinos seculares
 El Bétis cruza sereno.

Al verla pasar, su frente
 Dobla el álamo frondoso,
 Y leve al par el ambiente
 La saluda blandamente
 Con su arrullo cariñoso.

Mas ella sólo un gemido
 Deja escapar de sus labios.
 ¿Quién su corazón ha herido?
 ¿Quién pudo causar agravios
 Al sér para amar nacido?

Del alba, por la llanura,
La luz indecisa brilla;
Elfa su paso apresura,
Y en la floreciente orilla
Del Guadalquivir murmura:

«Mis años desaparecieron:
Noble río, ¿qué se hicieron
La copia de inmensos dones
Que en tu margen me ofrecieron
Lisonjeras ilusiones?

»¡Dicha!... No existe ninguna
Si al comprender los azares
De la inconstante fortuna,
Temor de ocultos pesares
Perpétuo nos importuna.

»No hay ventura en los honores
Si con enconado acento
Pueden émulo traidores
Unir escarnio sangriento
Á los más dignos loores.

»Y no hay dicha, aunque seamos
Halagados por la suerte,
Si cuantos séres amamos
Expuestos siempre miramos
Á las iras de la muerte.

»Ufana, de la opulencia
Sentí el seductor halago;
Mas amargó mi existencia
En breve, en constante amago,
La sombra de la indigencia.

»Sueños realicé de gloria,
Mas consiguió la perfidia
Hacer mi dicha ilusoria,
Que aún la más leve victoria
Logró emponzoñar la envidia.

»Hoy tan sólo en mi retiro
Sedienta vivo de calma
Y con vivo afán suspiro,
Que en riesgo constante miro
Las dulces prendas del alma.

»¿Quién contemplar puede inerte
Que en silencio á toda hora
Se agiten nunciando muerte
Ya el encono rudo y fuerte,
Ya la calumnia traidora?

»¡Felicidad! ¿En la tierra
Hallarla acaso esperamos
Si inicuo el mal nos aterra
Y anhelantes caminamos
Con el dolor siempre en guerra?

»¿Dónde están las ilusiones
Que en mi espíritu encendieron
Altivas aspiraciones?
Las promesas de sus dones,
¿Qué se hicieron, qué se hicieron?»

Tal dice: lágrima pura
Derrama, y al aire leve
Quejas lanza de amargura,
Que el eco lejano, en breve,
Á repetir se apresura.

Desde su gruta escondida
Oyó el Bétis sus clamores,
Y alzando la faz ceñida
De juncos, palmas y flores,
Murmuró con voz sentida:

«El dolor es triste herencia
Que el hombre en la tierra alcanza;
Guarda, jóven, tu inocencia
Y en la paz de la conciencia
Cifra tu noble esperanza.

»Esa dicha que es tu anhelo
Y en perdurable desvelo
Buscas perdiendo la calma,
Sueño es sólo de tu alma;
La encontrarás.... ¡en el Cielo!»

Calló. De nuevo acogian
Las ondas su anciana frente,
Y al par que lentas seguian,
Los céfiros blandamente
«¡En el Cielo!» repetian.

EN EL CAMPO

Faltó el bienhechor influjo
 De la lluvia apetecida;
 ¡Qué amargas calamidades
 Triste el pueblo vaticinal
 Ante su choza sentado,
 Con la mano en la mejilla,
 Humilde anciano aparece
 Contemplando las campiñas.
 Sin cesar por los espacios
 Tiende afanoso la vista....
 ¿Algo espera? Extrañas frases
 De sus labios se deslizan;

Y ya fijando los ojos
 En las vegas amarillas,
 Ora contemplando el cielo,
 Deja que corran sus días.

I

—«¿Qué importa que abril llegara
 Con su alegre comitiva
 De pintadas mariposas,
 De canoras avecillas;
 »Si por collados y vegas
 Aridez tan sólo mira,
 Y marchitas á su paso
 Las arboledas se inclinan?
 »¿Qué importa que entre las hojas
 Asume gallarda espiga,
 Si no tendrá de la tierra
 La savia que necesita?
 »Sol de fuego, sol de fuego,
 Tú ajarás su lozanía,

Que no hay frescura en sus tallos
Para que á tu ardor resistan.

»Doradas, cual en estío,
Pronto estarán las campiñas;
Mas ¡ay! que estéril el seno
Será de la miés erguida.

»La indigencia, con su córto
De dolores y perfidias,
Invadirá macilenta
Las ciudades y las villas.

»Piedad, Autor soberano;
Tiende tu diestra propicia;
Descienda el santo rocío
Á los campos dando vida:

»Nuestros sembrados bendice,
Que yá sin vigor declinan:
Pan demanda el pobre anciano
Para su triste familia.»

II

—«Auroras de primavera,
Mañanas de abril tranquilas,
Bellas fufsteis á mis ojos
Cuando el Hacedor queria.

»Profunda tristeza ahora
Á mi corazon inspiran
Vuestro cielo despejado,
Vuestras áuras fugitivas.

»Ellos no son precursores
De la lluvia apetejada
Que los collados y vegas
Bienhechora fecundiza.

»Pero venid, hijos míos....
¿Será ilusion? ¿No se miran
En la region de Occidente
Apacibles nubecillas?

»No es ilusion.... contempladlas:
Blancas, por el sol heridas,

Deslumbrantes se presentan
 Como nevadas colinas.
 »¡Suben! ¡suben!... Yá en montañas
 Aparecen convertidas....
 Yá sueltas por los espacios
 Cual mónstruos alados giran.
 »Y se alejan!.... Detenéos.....
 Por el solano impelidas,
 Cual desbandadas palomas,
 Pasan, pasan fugitivas.
 »Aire fatal; yá á tu influjo
 Despejado el cielo brilla....
 Las esperanzas murieron
 De mi angustiada familia.»

III

—«Cuando con horror los mares
 El triste náufrago mira,
 Alienta si blanca vela,
 Aunque distante, divisa.

»Náufrago soy que al espacio
 Tiende sin cesar la vista....
 La grata señal que anhele
 Ni áun en lontananza brilla.
 »Mas ¿qué dichosos presagios
 Hallan las miradas mías?
 ¿Qué me dicen esas plantas
 Que lozanas resucitan?
 »¿Qué esas hebras tan brillantes,
 Como la seda más fina,
 Que ténues el aire pueblan
 En multitud infinita?
 »¿Qué anuncia el volar rastrero
 De la alegre golondrina,
 Y qué con extraños píos
 Murmuran las avecillas?
 »Acaso.... ¡Ilusiones bellas
 Que el pensamiento acaricia!...
 Silencio..... ¡yá tantas veces
 Os he llorado perdidas!
 »Está despejado el cielo....
 Sólo donde el sol declina

Oscura franja aparece,
 Con los montes confundida.
 »Nube que, cual tumba, escondes
 Al astro puro del día,
 ¿Devolverás la esperanza
 Á mi angustiada familia?»

IV

—«¿Qué rumor se escucha, apenas
 Su claridad indecisa
 Triste y perezosa el alba
 Deja ver tras las colinas?
 »¡Cuánta frescura en el campo!
 ¡Qué suavidad en la brisa!...
 Es la lluvia deseada....
 ¡Bendita sea, bendita!
 »Dejad el caliente lecho,
 Mis hijos, corred aprisa
 Á respirar el ambiente
 Que recrea y vivifica.

»Ved cuál las selvas recobran
 Su verdor y lozanía,
 Y cuál yá los arroyuelos
 Por los valles se deslizan.

»Ved cuál al peso del agua
 Inclínanse las espigas....
 No temais; álzanse en breve
 Con nuevo esplendor y vida.

»¿Quién osado ni un instante
 De tus leyes desconfía,
 De tu piedad desespera,
 Oh Providencia divina?

»Tú, que hasta al mísero insecto
 Das alimento y guarida,
 ¿Olvidarías al hombre,
 ¡Al hombre! tu obra más digna?

»¡Gracias, gracias! bienhechora
 Tiendes tu diestra propicia....
 Pan tendrá el humilde anciano
 Para su pobre familia.»—

Dice: la copiosa lluvia
 No al tierno padre intimida,
 Y ufano va entre sus hijos
 Á recorrer las campiñas.
 ¡Qué paz, qué dulce esperanza
 Por donde quiera se miran!
 ¡Qué animadas discusiones
 Los labradores suscitan!
 Plácidos murmullos suenan
 Por las aldeas vecinas,
 Y óyense alegres cantares
 En los llanos y alquerías.
 Parece que yá los hombres
 Sus mutuas quejas olvidan,
 Y, unidos, á Dios bendicen
 Cual una sola familia.

LAS DOS RIVALES

Á MI BUEN AMIGO EL EXCMO. SR. D. JUAN FASTENRATH,

EMINENTE POETA ALEMAN.

I

LA CÓRTE FRANCESA

París, no alcanza la fama
 Á celebrar tu grandeza,
 Ni el más alto pensamiento
 Imaginarla pudiera.
 Que tus templos, tus palacios,
 Tus monumentos de piedra,
 Tus museos, tus jardines,
 Tus grandiosas bibliotecas,

Y esos cien y cien portentos
 Que sin cesar en tí crean,
 Por la ilustracion guiados,
 La industria, el arte y la ciencia,
 En abultados volúmenes
 Quizá enumerarse puedan,
 Mas explicar no es posible
 Toda la magia que encierras.

Y esos placeres sin término,
 Y esa multitud inmensa
 De extranjeros, que por siempre
 Tu extenso recinto puebla,

Tal vida á tu vida añaden,
 Tal grandeza á tu grandeza,
 Que al escuchar el viajero
Paris es Francia, contesta:

—No es Francia, no es Francia sólo;
 París, de Europa lumbrera,
 Cifra es de todo progreso,
 Y de las ciudades reina.—

II

LA CÔRTE ALEMANA

Gloria del Norte y asombro
 Del mundo, que la contempla,
 Brilla Prusia, cual ejemplo
 De saber y fortaleza.

Pueblo de insignes artistas
 Y de eminentes poetas,
 Que á la virtud galardona,
 Que glorifica las ciencias.

La faz vuelta á lo futuro
 Severo y noble se muestra:
 Ser lumbrera de Alemania
 Con vivo entusiasmo espera.

Y el honor lleva por guia,
 La ilustracion por emblema:
 ¿Cuál con títulos más altos
 Ante el mundo se presenta?

De esa llama tú eres foco,
 Berlin: tú dichosa imperas

En esa nacion insigne
 Que admira toda la tierra.
 Por donde quiera la fama
 Tu claro renombre lleva,
 Y la multitud repite
 De creciente asombro llena:

—No es Prusia, no es sólo Prusia;
 Berlin, de Europa lumbrera,
 Cifra es de todo progreso
 Y de las ciudades reina.—

III

1867

¡Dos rivales! Frente á frente
 En silencio se contemplan:
 Berlin pausada y adusta,
 París festiva y ligera.

Ámbas córtes triunfar quieren,
 Y, en sin igual competencia,
 Habla cada cual en nombre
 Del pueblo que representa.

—De la ilustracion la antorcha
 Elevo ufana en mi diestra,—
 Dice París; y tranquila,
 =Tambien yo,—Berlin contesta.
 —Mis poetas, mis artistas
 De noble orgullo me llenan.
 =Corona son de alta gloria
 Mis artistas y poetas.

—El buen gusto de mis damas
 Da leyes á Europa entera.
 =Da la virtud de mis hijas
 Ejemplo á toda la tierra.

—Imaginacion de fuego
 Mis grandes hijos ostentan.
 =Son pensadores profundos
 Los que en mi seno descuellan.

—Los productos de mi industria
 Del mundo el mercado llenan.
 =Los de la mia á su lado
 Siempre el privilegio encuentran.

—Vén á mi recinto, Prusia,
 Que de noble orgullo presa

Hoy convoco á las naciones
 Á que admiren mi opulencia.—

Y acudió Prusia. Cien pueblos
 Llegaron al par con ella,
 Y maravillas sin número
 París desplegó soberbia.

¿Quién el gran portento olvida
 Que asombró á la edad moderna?
 Bastaba para aplaudirla
 La voz de la fama apénas,
 Y la multitud decia:
 —París, de Europa lumbrera,
 Cifra es de todo progreso
 Y de las ciudades reina.—

IV

1870

Ni superiores Pompeyo,
 Ni iguales admitió César:
 Pagó la sangre romana
 Rivalidad tan siniestra.

Los hombres, como los niños,
 Entre sí mueven querellas;
 Como los hombres, los pueblos
 Suscitan largas contiendas.

Airada á Francia vió Prusia:
 ¿Qué causó su oculta queja?
 ¿Celos tal vez? ¿Justo encono?
 ¡Quién lo sabe! ¡Quién lo acierta!

Mirábanse. ¿Qué aguardaban?
 ¡Triste del pueblo que, á ciegas,
 Dar pudo el vano pretexto
 Que inspiró el grito de guerra!

Jactanciosa Francia al punto
 Pasadas glorias recuerda,
 De sus armas hace alarde,
 Sus guerreros enumera.

—Seré invencible,—murmura,—
 ¿Quién contrastará mis fuerzas?—
 Y Prusia, tranquila en tanto,
 La mira, calla y espera,

Miéntas las naciones todas
 Preguntan de asombro llenas:

—¿Cuál será de ámbas más fuerte,
Cuál la esclava, cuál la reina?—

V

EL TRIUNFO

¿Qué es del coloso? ¿Qué fueron
Su poder y su grandeza?

¿Dónde están los campeones
De Austerlitz, Marengo y Jena?

¡Ay, para siempre pasaron!
Despierta, París, despierta;
Triunfaron tus enemigos
Y á tí amenazantes llegan.

Esos altos monumentos
Que hechos insignes recuerdan,
Acaso objeto de mofa....

¡Cuánta humillacion te espera!

Venció Prusia. ¿Qué no alcanzan
El saber y la prudencia,
Si el honor llevan por guia
Y el amor patrio por lema?

¡Amor patrio! Tú que sientes
Su noble fuego, poeta,
De tu nacion ante el brillo
¿Por ventura enmudecieras?
Tus cantos son de ese pueblo,
Que hoy poderoso descuella,
Como sol de las victorias,
Como genio de la guerra.

Preséntalo, pues, ceñido
De la aureola que espera;
Timbre inmortal de Alemania
En él admire la tierra.

—Y es Prusia,—dirán absortas
Las edades venideras,—
Cifra de todo progreso,
Y de las naciones reina.

VI

UN PASO ATRÁS

Mas ¡cuán acerbos, oh amigo,
Son los frutos de la guerra!...

Perdona si á tus cantares

Uno mi doliente queja:

Que destructora la muerte
Sangre y exterminio siembra,
Y hondos gemidos se escuchan
Que de horror el alma llenan.

¡Dos rivales! Si ante el siglo
Eleváronse opulentas,
De la ilustracion la antorcha
Ámbas llevando en su diestra;

¿Por qué enconadas desmienten,
Con implacable soberbia,
Ese progreso sin término
Que el mundo ilustrado sueña?

Nó, no existen adelantos
Donde es árbitra la fuerza
Y el arte de dar la muerte
Con tal rapidez prospera.

Y hoy dan esas dos naciones
Un paso atrás en la senda
De perfeccion infinita
Que la humanidad anhela.

Plazca á los cielos que en breve
La paz radiante aparezca,
Y Francia y Prusia recobren
El cetro de las ideas.

Que entrámbas con noble estímulo,
Ejemplo dando á la tierra,
Los duros hierros proscriban
Que á los pueblos ensangrientan.

¡Rivales! Fuéranlo sólo
En el amor á las ciencias,
En el brillo de las artes,
En la gloria de las letras.

Rivalicen en virtudes,
Y, en honrosa competencia,
Cifra serán de progreso
Y de las naciones reinas.

BELLEZA IMPERECEDERA

(EN UN ALBUM)

Dios concedió á la rosa
 Grato color y embriagadora esencia,
 Y la hizo imágen de la niña hermosa
 Ornada de inocencia.

El tiempo la frescura
 De la purpúrea flor roba en su vuelo,
 Mas su fragancia nó, que eterna dura
 Y elévase hasta el cielo.

Tú eres, gallarda jóven,
 Cabal retrato de la rosa bella;
 Que tu aroma jamás los años roben:
 ¡Vive inmortal cual ella!

UN ÁVARO

¡Padre sin corazon! Salvarlo pudo;
 Dejó impasible que á su fin corriera.
 ¡Era jóven y honrado! ¡Era su hijo!...
 ¡Qué horrible indiferencia!

Hoy perdido lo llora. ¡Y aún se afana
 En adquirir y amontonar riquezas!
 ¡Y no muere á la vista de aquel oro
 De dolor y vergüenza!

LA VANIDAD BURLADA

I

Un tiempo fué que arrogante
 En cien conquistas ¡oh Iberia!
 Del esfuerzo de tus hijos
 Diste al mundo claras pruebas.

En entrámbos hemisferios
 Miraste alzada tu enseña,
 Y contemplaste, cual Roma,
 Postrada á tus piés la tierra.

Con asombro te miraron
 Las naciones europeas.
 ¿Quién, por dicha, tu arrogancia
 Audaz contrastar pudiera,

Si al eco de tus victorias,
 Publicando tu grandeza,
 Altos y preclaros reyes
 Gimieron entre cadenas?

Mas la mudable fortuna
 Trocóse pronto en adversa,
 Y de perder tus dominios
 Sonó al fin la hora funesta.

¡Ay! que el cetro de dos mundos
 Insufrible carga era
 Para débiles monarcas,
 Enervados entre fiestas.

Y uno á uno los florones
 De tu preciada diadema
 Viste caer, de amargura
 Y dolor el alma llena.

Los pueblos que con envidia
 Tus glorias pasadas vieran,
 Palmas batieron de gozo
 Al ver postradas tus fuerzas.

«Saciemos todos, gritaron,
La sed de triunfos en ella:
Contra nuestro firme arrojó
¿Quién puede ya defenderla?»

Y, como buitres hambrientos
Sobre codiciada presa,
Cebáronse aquellas turbas
En tus comarcas más bellas.

Del grande Cárlos Primero
La pingüe, gloriosa herencia,
Quedó dèsmembrada en breve
Ante la codicia agena;

Y con lejanas conquistas
Albion no satisfecha,
Quiso hasta en tu seno mismo
Clavar su garra sangrienta.

Con cien pérfidos amaños
Ganó á Gibraltar.... ¡Oh mengua!
¿Y tal padron de ignominia
En tí ¡oh patria! se conserva?

¡Gibraltar!.... ¡Ah! plegue al Cielo
Que el siglo presente vea

Sobre la cima del Calpe
Flotar la hispana bandera.

La nacion de mercaderes
Su comercio, fraudulenta,
Llevó audaz á tus colonias,
Burlando tu resistencia.

Y, con desprecio escuchando
Tus amenazas y quejas,
Anheló que de su encono
El duro peso sintieras.

De su poderosa armada
Vernon almirante era,
Marino asaz ambicioso,
Tipo insigne de soberbia.

Éste, la vista volviendo
Hácia las costas de América,
Donde los restos guardabas
De tus pasadas grandezas,

«Volemos, gritó anhelante;
Demos al mar nuestras velas,

Que en esas distantes playas
Triunfos sin fin nos esperan.

»Dadme sólo seis navíos,
Con ellos la fortaleza
Que á Porto-belo defiende
Quedará en breve deshecha.»

Con muestras de regocijo
Oyó Albión su propuesta,
Aunque temiendo desastres
En tan arriesgada empresa.

Mas no fué así. Por desgracia,
Por imprevision ó inercia,
La plaza cayó, y cumplida
Vióse la fatal promesa.

—
No hay palabras elocuentes
Que el necio orgullo pudieran
Pintar del inglés altivo
Al dar á Europa la vuelta.

É imaginaba insensato
Era corta recompensa

Los aplausos que su patria
Le prodigó satisfecha.

Coronas, arcos triunfales,
Tal vez alcanzar creyera....
¡Oh, cuán mísero es el hombre
Si la vanidad lo ciega!

Arrogantes las miradas
Dirigió, de nuevo inquietas,
Á las hispanas colonias
Ansiando conquistas nuevas.

En el suelo americano
Alzabase rica y bella,
Siendo emporio del comercio,
La occidental Cartagena.

El arrojado marino
Juzgó que fácil le fuera
Conquistar tan rica joya,
Y así en su patria se expresa:

«Cartagena de la India
Es del mar la mejor perla;
Como su mayor tesoro
El hispano la contempla.

»De la América del Norte,
De la del Sur, las riquezas
Que luégo llegan á España
Entre sus muros encierra.

»Plaza es fuerte, mas no importa,
Que, aunque inexpugnable sea,
El que tomó á Porto-belo
Glorioso sabrá vencerla.

»Y por mi esfuerzo trocadas
Serán en colonia inglesa
Esas decantadas costas
Con que se envanece Iberia.»

Dijo: con vítores ciento
Acogieron sus ofertas,
Y altas naves se aprestaron
Con extraña ligereza.

Que Albion fundó entusiasta
Su esperanza más risueña
En ver á sus piés rendida
Á la inmortal Cartagena.

Así del leon altivo,
Triunfante en montes y selvas,
Si enfermo la frente dobla
Búrlanse cobardes fieras.

Mas ¡ay! de ellas si un momento
Al aguijon de la afrenta
Recobra el rey de los bosques
Su noble altivez primera.

Entónces digno castigo
Sabrá dar á las ofensas,
Y hará ver que áun moribundo
Sobre sus contrarios reina.

El fuerte leon hispano
Alzó su noble cabeza,
Y del leopardo atrevido
Al ver la actitud siniestra

Rugidos lanzó indignado,
Sacudiendo su melena,
Y con fiero continente
Aprestóse á la defensa.

II

Corre el siglo diez y ocho,
 Siglo fatal para España;
 La occidental Cartagena
 En triste angustia se halla.

Ráuda á combatirla corre
 La más poderosa armada (4)
 Que en sus mares contemplaron
 Las costas americanas.

Vernon, de infausto recuerdo,
 Es el que osado la manda:
 Guerreros innumerables
 Decididos lo acompañan.

Pocos son los defensores
 Que tiene la triste plaza:
 ¿Cómo parar el torrente
 Que furioso la amenaza?

Mas tres varones insignes
 Al frente de ella se alzan,

En los que alienta y confía
 La ciudad infortunada:

El bravo don Blas de Leso,
 Al que en decision igualan
 Don Melchor de Navarrete
 Y don Sebastian de Eslava.

Corazones generosos
 Que en amor patrio se inflaman;
 Dignos de mejores siglos,
 Dignos del nombre de España.

Activos, infatigables
 Los tres en union trabajan,
 Para sostener con brio
 El duro golpe que aguardan.

Con su magnánimo ejemplo
 Sostienen al que desmaya,
 Y en el pueblo acongojado
 Torna á lucir la esperanza.

«Hispanos,—á sus guerreros
 Leso enardecido exclama:—
 El duro instante se acerca
 De probar vuestra constancia.

»¡Union! rechazemos firmes
Esas huestes que, guiadas
Por bastardas ambiciones,
Soberbias nos amenazan.

»Nuestros hogares peligran
Y nuestras familias caras,
Y su salvacion tan sólo
De vuestro valor aguardan.

»Empero objeto más grande
Nuestra firmeza reclama....
Sí: que á lidiar nos excita
El santo amor de la patria.

»Injustos los extranjeros
La vilipendian y ultrajan,
Y aséstanle duros golpes
Cuando indefensa la hallan.

»Valor, pues; el mundo todo
Admire en estas comarcas
Chispas del fuego que un día
Ardió en las huestes hispanas.

»No vacileis, compañeros,
Firmes corred á las armas;

Y aún más que nuestros hogares,
Y nuestras familias caras,
»Defendamos decididos
El honor de nuestra patria.»
Así dice: el pueblo todo
Repite inquieto: «Á las armas,
»Y aún más que nuestros hogares,
Y nuestras familias caras,
Defendamos decididos
El honor de nuestra patria.»

—
Con ímpetu indescrípible
Los guerreros se preparan;
Los puestos de más peligro
Todos anhelantes ánsian.

Empero el prudente Leso
Y don Sebastian de Eslava
Unidas quieren sus fuerzas
Reconcentrar en la plaza,

Y abandonan los castillos,
Que, hallándose á gran distancia,

Dividirían sin fruto
Las fuerzas con que contaban.

Ligero el inglés en tanto
Guerreros mil desembarca,
Para que por mar y tierra
Firmes á la vez combatan.

Absorto Leso contempla
Que la formidable armada,
Amenazadora, horrible,
La entrada del puerto gana;
Y temiendo que los buques
Hispanos en poder caigan
De tan potente enemigo,
Al fuego entrega su escuadra.

Palpitante de alegría
Vernon, al verlos exclama:
«Yá al contemplarnos, humildes
Sus corazones desmayan....

»Los castillos abandonan,
Los buques dan á las llamas....
¡Buen Dios! Cartagena es nuestra
Áun ántes que yo pensaba.»

Inquieto, á su patria al punto
Audaz mensaje despacha,
Llevando la fausta nueva
De su victoria soñada.

Satisfecho de sí mismo
La hora del combate aguarda,
Y con creciente entusiasmo
De nuevo á los suyos habla:
«Pronto realicemos, dice,
Nuestra más bella esperanza;
Que en esas erguidas torres
Flote la enseña britana.

»El peligro no os arredre:
¿No mirais cuál se acobardan
Nuestros contrarios, y buscan
Salvacion en las murallas?

»¡Á ellos, pues!... Sea su guarida
Contra nuestro arrojo vana,
Y de estas costas borremos
El nombre odioso de España.»

Con el más vivo entusiasmo
Acogieron sus palabras,

Y á la vez por mar y tierra
Los fuertes muros asaltan.

No hay nada que los detenga:
Cual fieros tigres se lanzan,
Sedientos de la victoria
Que fácil imaginaban.

Mas ¡qué error! duro escarmiento
Los míseros sólo alcanzan,
Y oprobio y deshonra eterna
Al ciego caudillo aguardan.

En vano su ardor redoblan;
Los hispanos los rechazan,
Que la justicia los guía,
El patrio amor los inflama,

Y, á su indomable firmeza,
Á poco sobre la armada
La destruccion y la muerte
Desplegan sus negras alas.

Al ver su fatal derrota,
Presa de terrible saña
Ruge el furioso almirante
Ansiando tomar venganza.

Bombas mil los aires hienden,
Silban flechas incendiarias,
Que á Cartagena destruyen
Y á su triste pueblo espantan.

Mas no ceden á tal prueba,
Que allí los hijos se hallan
De los héroes inmortales
De Sagunto y de Numancia.

Y, despreciando peligros,
Desde las altas murallas
Firmes el espanto siembran
Entre las filas contrarias.

De Abril la apacible luna
Al nacer, vió la esperanza
Que á tan arriesgada empresa
Al vano insular guiaba;

Y yá menguante, entregado
Lo ve á su impotente rabia,
Al contemplar abatida
La altiva enseña britana.

Cadáveres infinitos
 Muerden el polvo en la playa,
 Cubren los rotos bajeles,
 Pueblan las ondas amargas....
 ¡Muerte! ¡destrucción! ¡espanto!...
 ¡Triste vanidad, que arrastras
 Los hombres á inícuas guerras,
 Ese es el fruto que alcanzas!
 Y entretanto que festejos
 Dispone Inglaterra ufana,
 Y al atrevido almirante
 Aplausos sin fin consagra,
 Él, los despojos reuniendo
 De su derrotada escuadra,
 En precipitada fuga
 De aquellas costas se aparta;
 Y en vez de la flota inmensa,
 Cual palomas desbandadas,
 Pocas y deshechas naves
 El mar de nuevo surcaban.

Absorto en breve oyó el mundo,
 En la trompa de la fama,
 El desastroso suceso
 De empresa tan temeraria.
 Y, para hacer más patente
 De Vernon la loca audacia,
 Claro, firme testimonio
 El pueblo español aún guarda.
 El insular desdichado
 Tan cierto el triunfo juzgaba,
 Que en su elogio se batieron
 Monedas mil de oro y plata.
 En el anverso aparece
 Él con altiva arrogancia,
 Á sus piés don Blas de Leso
 Presentándole la espada;
 Y necia inscripcion que dice:
 «La ardiente soberbia hispana
 Por Vernon el almirante
 Hoy abatida se halla.»
 El reverso, plaza fuerte
 Muestra, de buques cercada,

Y dice: «El que á Porto-belo
Venció, nuevo triunfo alcanza.»

De tal suceso cual prueba
Áun existen las medallas,
Que, del inglés recordando
La miserable jactancia,
Hacen ver los precipicios
Do la vanidad arrastra,
Y el castigo que mil veces
La ciega soberbia alcanza.

SIN CORAZON

¡Pobre mujer! Yo adiviné sus penas,
Le hablé y enmudecía;
Mas sorprendí sus silenciosas lágrimas
Y ellas me revelaron su desdicha.

Rígida soy, mas en su blanca frente
Miré ansiedad tan viva,
Ví tal dolor de sus azules ojos
En la mirada suplicante y tímida,

Que darle amparo, interceder por ella
Anhelé compasiva;
Salvarla del oprobio, devolviéndole
Con la ventura su quietud perdida.

Obstinada negó. ¿Mis sentimientos
Quizás desconocia?
Hoy.... Yá no hay llanto en sus azules ojos;
Su blanca frente yá vése tranquila:

Mas aquel rostro sonriente y bello
Secreto horror me inspira,
Que bajo tan benignas apariencias
De un gran crimen la historia miro escrita.

LEONOR DÁVALOS⁽⁵⁾

Altos y famosos hechos,
Que al mundo de asombro llenan,
Con noble orgullo en su historia
Guarda venturosa Iberia.

En sus páginas de oro
Héroes claros se presentan,
Que, con respeto profundo,
Admira la edad moderna.

Por tus ámbitos ¡oh España!
Sus alabanzas resuenan;
¿Y cómo no, si á ellos debes
Tu poder y tu grandeza?

Sombras son que al bien te guian,
 Que por tu renombre velan,
 Que ante el mundo te enaltecen,
 Que á tus guerreros alientan.

De amor patrio, de heroismo
 Ejemplos dando á la tierra,
 Se elevan ante los pueblos
 Que asombrados los contemplan.

Mas si esos nombres insignes,
 Que láuro inmortal rodea,
 Aparecen de la historia
 En las páginas más bellas;

¡Cuántos y cuántos, triunfante,
 Mostrar á la vez pudieras,
 Olvidados por humildes
 Y dignos de fama eterna!

Dignos, sí; que el heroismo
 Es más alto si no espera
 Halagadores aplausos
 Que estimularlo pudieran.

Y en tu honrado y noble pueblo
 Benignos pechos alientan,

Que, ansiosos, el bien practican,
 Sin aguardar recompensa;
 Que ni ante rudos peligros,
 Ni ante la muerte se arredran,
 Aunque el galardón acaso
 Injustos desdén sea.

No en nuestra edad. Almas puras,
 Alentad, que yá en la senda
 De la vida, clara aurora
 Con nuevo fulgor destella.

No es el afán de progresos
 Que en las naciones impera,
 El solo bien que hoy otorga
 La mano de Dios suprema.

La ilustración maravillas
 Potente y fecunda crea,
 Allana elevados montes,
 Profundos valles eleva,

Distantes ciudades une,
 El fondo del mar penetra
 Y á cien apartadas zonas
 Veloz la palabra lleva.

Á la perfeccion más alta
 Encumbra el arte y la ciencia,
 Al par que los pueblos todos
 Engrandece y hermosea.

Mas ese poder sublime,
 Que absorto el hombre respeta
 Y que verán con asombro
 Las edades venideras;

¡Cuán despreciable sería
 Si unido á la clara estrella
 De la virtud santa y pura
 Á la vez no apareciera!

Y aparece: que si osadas
 Rugen maldades horrendas,
 Y en nuestra edad sin ventura
 Por doquier triunfantes reinan,

Como lirios entre abrojos
 Altas virtudes descuellan,
 Que, con fecundo entusiasmo,
 La ilustracion honra y premia.

¡Oh, bien haya nuestro siglo,
 Que así á la virtud alienta,

Y la abnegacion sublime
 De almas generosas premia!

En el templo de la gloria
 Yá no tan sólo se asientan
 Los genios, ó los que invictos
 Láuros ciñen en la guerra.

Entre inmarcesibles palmas
 Esculpidos hoy se muestran
 Nombres que en otras edades
 Presa del olvido fueran:

Y á las de ilustres varones,
 Que el pueblo español venera,
 Unidas yá sus historias
 Verá entre aplausos la tierra.

¡Pluguiese á Dios que con ellos
 Á la vez aparecieran
 Tantos séres que, aunque insignes,
 Pasaron sin dejar huellas!

Más memorias de hechos grandes
 Aún la tradicion conserva;
 La tradicion, que á la historia
 Brillantes páginas lega.

Por ella absorta Sevilla
 Tu acción heróica recuerda,
Leonor Dávalos (6) insigne,
 Ángel de amor é inocencia.
 ¡Con qué fulgente aurëola
 De caridad y pureza
 Apareces ante el alma
 Que extasiada te contemplat
 No luciste por la cuna,
 No te elevó la riqueza,
 Ni el genio en sus ígneas alas
 Te alzó de laurel sedienta;
 Ni como fuerte amazona,
 Armando osada tu diestra,
 Para asombro de tu sexo
 Corriste ansiosa á la guerra.
 Humilde, pobre, ignorada
 Deslizóse tu existencia;
 La virtud era tan sólo
 Tu tesoro y tu grandeza.
 Mas ¿qué mundanal corona
 Tan hermosa apareciera,

Cual la aurëola preciada
 Que conseguiste por ella?
 Es justo que el orbe todo
 Tu claro nombre enaltezca,
 Y entre los cantos resuene
 De esclarecidos poetas.
 ¡Oh! perdona que á invocarlo
 Mi voz humilde se atreva;
 Yo, ignorante, que en silencio
 Tu gloria admirar debiera.
 Mas si inspiracion me falta
 Para ensalzar tu firmeza,
 Mi amor hácia tí, disculpa
 De mi atrevimiento sea;
 Que cien veces de mis ojos
 Brotaron lágrimas tiernas
 Ante la fúnebre losa
 Que tu heroismo recuerda,
 Y en los lugares testigos
 De tu arrojo y fortaleza
 Tu noble sombra bendije,
 De horror santo el alma llena.

Déjame cantar tu nombre,
 Ángel de amor y pureza,
 Y desde el Pirene al Calpe
 Enaltecido se vea.

I

Triste suspira Sevilla,
 Desdichas cien le amenazan,
 Que el temido Rey don Pedro
 Á sus muros se adelanta.

Triunfante de sus hermanos
 Alzóse en campal batalla,
 Y ráudo á los pueblos corre
 Que de su poder dudaran.

Sediento llega de oro
 Y sediento de venganza:
 ¡Ay del que siguió al Infante
 Y así provocó su saña!

Jamás dique halló en su enojo
 El implacable Monarca,

Que el *Justiciero* no en vano
 Ó el *Crüel* todos le llaman.

Córdoba lo ve en su seno,
 Triste lo ve y angustiada:
 Rastro de sangre y de luto
 Deja por do quier su planta.

Á Sevilla ahora se acerca;
 ¡Ay de la ciudad galana
 Que por Rey á don Enrique
 Osó aclamar insensata!

Presa de temor el pueblo,
 Mudo y sin aliento vaga:
 ¿Qué suerte será la suya?
 Lo ignora y trémulo aguarda.

—
 En una de esas mansiones
 Por el lujo levantadas,
 De negro brüal vestida,
 Bella aparece una dama.

El dolor en su semblante
 Sus profundas huellas graba,

Probando así que no siempre
Dicha y opulencia hermanan.

Noble es doña Urraca Osorio,
Y son sus riquezas tantas,
Que aún el Soberano mismo
Osa tal vez codiciarlas.

Mas en medio de aquel fausto,
Que el vulgo acaso envidiaba,
De Guzman la viuda ilustre
Gime entre penas amargas.

Su hijo caro, dulce objeto,
Único bien de su alma,
Las banderas del Infante
Firme siguió y entusiasta.

Hora que el tirano vuelve,
El jóven Guzman su casa
Dejó, y presuroso huye
Por los campos de Vandalia;

Y al mirar la tierna madre
Las sentencias fulminadas
Contra nobles y plebeyos,
Que en vano piedad demandan;

Al saber que entre el tumulto
Del pueblo, en calles y plazas,
Yá la cuchilla sangrienta
Vil ejecutor levanta,

El riesgo inminente olvida
En que ella acaso se halla,
Y por su adorado hijo
Acerbo llanto derrama.

Sus sirvientes la rodean
Tan conmovida al mirarla,
Y officiosos, de su lado
Ni un solo instante se apartan.

Cada cual á competencia
Con amorosas palabras
Á la afligida señora
Su celo en probar se afana.

Y con perpétuos murmullos
Cercan á la ilustre dama,
Mortificándola acaso
Sin conseguir aliviarla.

Entretanto, bella jóven
Contéplase á gran distancia,

Que, áun cuando sufre, aparece
Silenciosa y resignada.

Es una de las doncellas
Que más la de Osorio ama;
Leonor Dávalos se nombra,
Úbeda tiene por patria.

Abril tendió quince veces
Gayas flores á sus plantas:
Pura flor también es ella
De misteriosa fragancia.

Sí, que al par que su hermosura
Á cuantos la ven encanta,
La castidad en su pecho
Halló perpétua morada.

Modesta, apacible, tierna,
Á su señora idolatra,
Que con afecto profundo
Su lealtad benigna paga.

Al mirar sus compañeras
El digno puesto que alcanza,
Ocasión de hierirla buscan
Por ciega envidia guiadas.

Y hora, al verla silenciosa,
Todas la acusan de ingrata
Con tenue voz, mas que pueda
La de Guzman escucharlas.

Ésta vacila un instante,
Su abatida faz levanta,
Y al ver á Leonor tan léjos
Con voz dolorida exclama:

—«Leonor, Leonor, ¡ah! ¿me olvidas
Cuando entre penas amargas
Me ves sufrir? ¿Insensible
Podrás ser á mis desgracias?

»Contigo en partir mis dichas
Cifré mi ilusión más grata,
¿Y ahora inhumana rehusas
Que el dolor contigo parta?»—

Con uno de esos arranques
Propios de las nobles almas,
Que la hipocresía en vano
En imitar se afanara,

Leonor corre presurosa,
Y, arrojándose á sus plantas,

Su timidez olvidando

Con acento firme exclama:

—«¿Que yo os olvido, señora?

Antes de mí me olvidara.

¡Que no siento vuestras penas

Y el corazón me desgarran!

»¡Ay! contemplad mi semblante

Do el pesar sus huellas graba;

Ved el llanto que en silencio

Turbios mis ojos derraman,

»Y de mi pecho angustiado

Adivinaréis las ansias

Y la inquietud que padezco

Ante vuestra suerte infausta.

»¿Y dudais de mí?... ¡Dios mío!

¡Oh, señora! ¡oh madre amada!

¡Dudais de mí y en la tierra

Vos sois mi sola esperanza!»—

Dice: conmoción profunda

Su acento apacible embarga,

Y por sus blancas mejillas

Lágrimas mudas resbalan.

Contéplala su señora,

Amorosa la levanta,

Y, estrechándola á su seno,

Unidas lloran entrámbas.

Las que impías la acusaron

Trémulas, avergonzadas,

La frente inclinan, y en breve

Desparecen de la estancia.

Triunfó la verdad y fueron

Sus viles calumnias vanas:

¡Pluguiese á Dios que la envidia

Premio tal siempre alcanzara!

En tanto la bella jóven

Su puro semblante alza,

Y con inspirado acento

Así murmura agitada:

—«Vanidades, polvo, humo,

Son las grandezas humanas:

¡Dichosos los que en el cielo

Cifran su sola esperanza!

»Vuestros pesares, señora,

Sufrid firme y resignada,

Que Dios al que aquí padece
Eterno premio allí guarda.

»Yo, aunque humilde, á vuestro lado
Sufriré, y al Cielo plazca
Unir en vida y en muerte,
Madre mia, nuestras almas.»—

Dijo: y un querub en tanto
Sobre ellas tiende sus alas,
Y con lazos misteriosos
Unió apacible sus almas.

II

Yá dispara el Rey don Pedro
Las centellas de su ira,
Yá correr deja su encono,
Que él apellida justicia.

Tiende la muerte su velo
Sobre la oriental Sevilla,
Y los corazones todos
Con mudo terror palpitan.

Murió el señor de Marchena,
Nobles y grandes morian,
De ejecutores sangrientos
Bajo la fatal cuchilla.

Y roncadas voces doquiera
Óyense, que airadas gritan:
«Así nuestro gran Monarca
Las deslealtades castiga.»

Yá angustiada por su hijo
La de Osorio no suspira,
Que el jóven Guzman en salvo
Llegó feliz á Castilla.

Mas ¡ay mísera! que ahora
Es ella la que peligrá:
Ella, que en oscura cárcel
Encadenada suspira.

No le vale su inocencia,
Ni su preclara hidalguía:
Con indignos criminales
Allí se ve confundida.

Respeto su nombre el pueblo,
 Todos su virtud admiran;
 ¡Y el Rey la condena á muerte
 Á ella, de fama tan limpia!

Mas condénala el Monarca,
 Ciego de rabia y codicia,
*Por le quitar los tesoros
 E riquezas que tenia (7).*

Fulmínase contra ella
 La horrible sentencia inicua:
 Cual palomas desbandadas
 Sus servidores huían.

Nadie á defenderla sale,
 Todos temen á la ira
 Del Rey, que con férreo cetro
 Á sus pueblos aniquila.

¿Á dó están, dó están ahora
 Los que afecto le mentían,
 Teniendo la lengua siempre
 Á las lisonjas propicia?

Ráudos, cual nubes ligeras
 Por el ábrego impelidas,

Huyen los aduladores
 Al soplo de la desdicha.

La ilustre y digna matrona
 No encuentra una mano amiga
 Qué, desdeñando peligros,
 Á ella se tienda propicia.

Mas ¡ah! no la olvidan todos;
 Triste, como flor marchita,
 De su prision en la puerta
 Leonor Dávalos suspira.

Yá trémula y sin aliento
 Oyó la sentencia impía....
 ¡Ay! por libertarla diera
 La tierna jóven su vida.

Pero la infeliz ¿qué puede?
 ¿Qué hará? ¿quién la atendería?
 ¿Cómo librar á su ama,
 Ella, pobre y desvalida?

Al ver que las horas huyen
 Delirante á todos grita:
 «¿No hay quien salve á mi señora?
 ¿No hay caridad? ¿No hay justicia?»

Los que tales voces oyen
De su lado se desvian,
Y mudos de espanto huyen
Sin volver atrás la vista.

Yá de esbirros y soldados
Cercada la cárcel mira;
Presentimientos horribles
Su corazón oprimian.

De repente un pensamiento
Le asalta.... duda.... vacila....
Resuélvese al fin, y ráuda
Al alcázar se encamina.

Corre, y á la puerta llega
Agobiada de fatiga;
Se acerca á un paje y murmura
Temblorosa y conmovida:

—«Pajecito, pajecito,
Por tu salud que me digas
Si puedo hasta el Rey don Pedro
Llegar á pedir justicia.

»Mi señora en triste cárcel
Encadenada suspira:

Dime si del Soberano
El perdón alcanzaria.»—

—«¿Quién es, niña, tu señora?»—

—«Es la que fué esposa digna
De Guzman, el hijo fuerte
Del salvador de Tarifa.

»Es la madre del guerrero
Que por el Rey de Castilla
En el cerco de Orihuela
Perdió lidiando la vida.»—

—«Pero también es la madre
De ese traidor, que algún día
Del infante la bandera
Audaz sostuvo en Sevilla.

»No al Rey don Pedro te acerques,
Vanos tus ruegos serian;
La de Osorio en este instante
Hacia el cadalso camina.»—

La mísera, que tal oye,
Vuelve atrás desfavorida,
Y por calles y por plazas
De nuevo se precipita.

—«¿Á dónde vas, le preguntan,
Á dónde vas, pobre niña?»—

—«Á buscar á mi señora,
Á mi señora querida.»—

—«No la busques, niña hermosa,
Compasivos le replican,
No la busques, si no quieres
Que tu corazon se aflija.»—

Ella no escucha y prosigue;
Á la prision se encamina;
La prision está desierta,
Guardias en ella no mira.

Párase aterrada.... escucha....
Lejano rumor se oia,
Y corre, corre de nuevo,
Con la faz descolorida.

Yá ve á la tropa que marcha
En dobles, compactas filas....
Alta matrona va en medio,
Sus blancas tocas divisa;
Leonor sin aliento sigue,
Alcanza á la comitiva,

Se abre paso, en su señora
Los ojos inciertos fija.

Tal angustia en su semblante,
Tan fiero dolor se pinta,
Que á los que la ven en torno
Honda compasion inspira.

La de Osorio la contempla,
Su sentimiento adivina;
Ante el dolor de aquel ángel
Su mismo dolor olvida.

Estréchala entre sus brazos,
Y, amorosa y compasiva,
Dulces palabras le dice
Para que el dolor reprima.

—«Templa, templa tu amargura,
Vuelve en tí, Leonor querida;
Soy inocente, no temas,
El cielo me hará justicia.

»Más alto está que los Reyes
Aquel que premia y castiga;
En *Él* tan solo confio,
Y voy á morir tranquila.»—

Leonor contestarle quiere,
Palabras no encuentra dignas,
Pero sus lágrimas dicen
Más que su lengua diría.

Rudos sayones en tanto
Fieros de allí la retiran:
Las crueldades que cometen
No hay voz que pueda decirlas.

La de Guzman por mirarla
Atrás los ojos volvía,
Mas con terribles denuestos
Á que camine la obligan.

Apiadadas las mujeres
Lloran, gimen y suspiran,
Con tristes voces clamando:
«¡Que esto consienta Sevilla!»

Empero los hombres callan,
Cual mudas estatuas giran,
El terror hiela sus pechos
Y al silencio los obliga.

Así, entre sordos murmullos
De los que en redor se agitan,

La infortunada señora
Hácia el suplicio camina.

III

Es otoño; ruge el viento,
Y nubes pardas y densas
Los anchos espacios cubren
Y del sol la lumbre velan.

La bella ciudad del Bétis
Oscura y triste se muestra,
Como doliente matrona
De negro crespon cubierta.

Hora en sus lóbregas calles,
De mortal congoja presa,
Por un solo afan guiada
Corre multitud inmensa.

Todos al lugar caminan
Á donde en edad moderna
Noble, generosa mano
Alzó frondosa alameda;

Y, para honor de su patria,
 En columnas gigantescas
 Consagró digno recuerdo
 Á Hércules y Julio César.

Mas en el siglo infelice
 Por do nuestra mente vuela,
 Como páramo espantoso
 Aquel sitio se presenta.

La laguna se le llama,
 Y con razon, pues doquiera
 Extensos lagos se miran
 De turbias aguas infectas.

Allí, entre montes de escombros
 Y de cenagosa tierra,
 Por orden del Soberano
 Álzase pira funesta.

Allí doña Urraca Osorio
 Recibirá muerte horrenda.
 ¡Pasto será de las llamas
 Ella, tan noble y tan buena!

Gira del cadalso en torno
 Depravada turba inquieta,
 Que, con feroz alegría,
 La ilustre víctima espera.

Que hay en las naciones todas,
 De la humanidad en mengua,
 Hombres que en su rudo pecho
 Guardan corazon de fiera.

¡Ay! la víctima no tarda,
 Yá la voz horrible suena
 Del pregonero, que anuncia
 Se va á cumplir la sentencia.

Yá aparecen los soldados,
 Yá aparecen, yá se acercan.
 Y, abriendo paso entre el pueblo,
 Hasta el patíbulo llegan.

La de Osorio enmedio viene:
 Á su lado, con tristeza,
 Dolientes monjes caminan
 Que piadosos la consuelan.

Y detrás, suelto el cabello,
 Las facciones descompuestas,

Turbios de llorar los ojos
 La sigue su fiel doncella.
 Negro sayo de velludo
 La ilustre señora lleva,
 Y de lino blancas tocas
 Cubren su pecho y cabeza.
 Pálida su faz se advierte.
 Pálida, sí, mas serena,
 La inocencia revelando
 Que en su firme pecho encierra.
 Mas al contemplar la pira
 Y los que en redor vocean,
 Inclina la vista al suelo
 Acongojada y suspensa:
 No le intimida la muerte,
 Tan sólo al morir le aterra
 Ser ante aquel populacho
 Objeto de escarnio y befa.
 Los religiosos entónces
 La Augusta imágen le muestran
 De Jesús crucificado,
 Muerto entre oprobios y afrentas.

Ella al punto, conmovida,
 Dobla la rodilla en tierra;
 Hacia el Salvador del mundo
 Ojos y manos eleva:
 —«Oh, Tú que en la Cruz, exclama,
 Humilde á morir me enseñas,
 Puro, celestial Cordero,
 Bendito, bendito seas.
 »No siento perder la vida,
 Que alta esperanza me alienta;
 Pero mi sér deleznable
 Cede á la humana flaqueza.
 »Dios santo, Dios poderoso,
 Fuente de amor y clemencia,
 Dame en este duro trance,
 Dame, Señor, fortaleza.»—
 Quiere seguir; los esbirros
 Exasperados blasfeman,
 Y levántanla del suelo
 Con execrable violencia.
 Ella, digna, rechazando
 Aquellas manos sangrientas,

De nuevo al fatal suplicio
Camina firme y serena.

Yá se acerca, yá la suben
Hasta la hacinada leña;
Fuerte hierro allí se mira
Y á él la enlazan y sujetan.

Unidas atrás las manos
Átanle con fuertes cuerdas;
Ella la mirada al cielo
Alza y fervorosa reza.

Quizás por su amado hijo
Tiernas plegarias eleva;
Tal vez para el Rey odioso
El perdon de Dios impetra.

Yá á sus plantas, humeante,
El fuego cruge y chispea;
Un gemido escucha entónces
Que en su corazon resuena.

Es Leonor, la triste niña
Que, azorada, muda, ciega,
Entre la apiñada tropa
Se abre paso y la contempla.

La de Guzman en sus ojos
Su alta gratitud le expresa,
Mas levántalos de nuevo
Á las regiones etéreas.

Por el vendaval en tanto
La llama agitada vuela,
El rostro le azota, y ráuda
Prende en sus tocas ligeras.

Yá las consume... desnudos
Los hombros y cuello deja
Á las miradas expuestos
De aquellas turbas groseras.

Leonor, angustiada, escucha
Cien carcajadas horrendas,
Y que á la dama apostrofan
Con torpes frases obscenas.

En santo pudor se enciende,
Mira á la de Osorio, tiembla,
Y á cubrir su blanco seno
Se precipita en la hoguera.

La muerte no le intimida,
Entre sus brazos la estrecha,

La desmayada señora
Aún alcanza á conocerla.

Densa columna de humo
Á los espacios se eleva;
La llama crece, lanzando
Roja claridad siniestra.

Yá las devora ... Sus restos
Unidos se ven, cual quedan
Tierna vid y roble amigo
En incendiada floresta.

En tristes ayes prorumpe
Asombrado el pueblo al verlas:
Los mismos que se mofaban
Yá compasivos se muestran.

Al par ronco el viento zumba,
Ruge airada la tormenta,
Y en su estancia oye el tirano
Lúgubre voz lastimera:

«Rey don Pedro, Rey don Pedro,
Duro corazon de piedra,
Satisfecho está tu encono,
Cumplióse yá la sentencia.

»Mas pronto de tus maldades
Darás al Eterno cuenta....
Sangre inocente derramas,
¡Maldito, maldito seas!»

Dos almas puras en tanto
Unidas al cielo llegan,
Y el Autor Omnipotente
Sus altas virtudes premia.

La lealtad sus aureolas
Hermosa á Leonor presenta;
Corona el pudor le ofrece
De fragantes azucenas.

Á la vez su heróico arrojo
Admira absorta la tierra,
Como preclaro modelo
De lealtad y de pureza.

Grande su nombre, aunque humilde,
Luce en los fastos de Iberia,
Y entre las almas benignas
Vivirá su fama eterna.

PRESENTIMIENTO

¡Murió! La amarga realidad le ocultan.
 ¿Su corazón de madre la adivina?
 Con mentido placer quizás la insultan:

Muda, la frente inclina.

Historias mil para alentarla inventan
 Y la desdicha cállanle que ignora;
 Mas cuando alegres todos se presentan

Ella los mira y llora.

¡Pobre mujer! ¿Al triste pensamiento
 Quién logra devolver su muerta calma?
 ¿Quien el revelador presentimiento

Puede ahuyentar del alma?

LA CALLE DE LA GLORIA

I

=Celoso estais, don Ramiro,
 Celoso estais y sin causa:
 Ved que á no existir el fuego
 Que por vos siento en el alma,
 Para dar ejemplo digno
 De inquebrantable constancia
 Mi voluntad bastaria,
 Bastaria mi palabra.
 Cuidad, pues, en adelante;
 Vuestras sospechas me matan;
 No repliqueis, meditadlo,
 Y adios, que ya viene el alba.

Así Inés, flor de Sevilla,
 Dijo, rechazando airada
 Injustas acusaciones
 Que el corazón le desgarran.
 Y sin esperar más quejas
 Cerró altiva la ventana,
 Inmóvil al pie quedando
 El amante que la ultraja.

II

El sol declina. Del Bétis
 Van por la gentil ribera
 Dos jóvenes, que en voz baja
 Mas con vivo afán conversan.
 =Mucho, Ramiro, confías
 En esa dama hechicera:
 —¿Y cómo no, si es un ángel
 De virtud y de inocencia?

=Tal supones.

—Tal afirmo.

=Otras fueron tus ideas.

—¡Mal haya quien en mi pecho
 Infundió negra sospecha!
 Tuve celos, sentí encono,
 Osé insensato ofenderla,
 Mas hoy su virtud sin mancha....

=¡Dios conserve tal creencia!

—¿Qué dices?

=¡Pobre Ramiro!

El cielo benigno quiera
 Que de otro feliz amante
 Jamás descubras las huellas.
 —Álvaro, ve lo que hablas,
 Que te arrancaré la lengua.

=Son avisos.

—Son calumnias.

=¿Pruebas quieres?

—Quiero pruebas.

=Pues antes de media noche
 Conmigo irás donde veas

La amarga verdad, que en duda
 Pone el amor que te ciega.
 ¿Vendrás?—

Inmóvil Ramiro

Y en silencio un punto queda
 Mas «¡iré!», trémulo, al cabo,
 Murmura con voz siniestra;
 Y su furor reprimiendo,
 Y tranquilo en apariencia,
 De don Álvaro seguido
 Á Sevilla da la vuelta.

III

Por las tenebrosas calles
 Que, en revueltas infinitas,
 El gran casaron rodean
 Nombrado de *Doña Elvira*, (8)
 Departiendo cautelosos
 Dos embozados caminan.

—Llega, Ramiro, ya es hora
 De las misteriosas citas.
 Desde este punto la calle
 De doña Inés se divisa.
 La del *Ataud* es esta;
 Mal nombre, por vida mía,
 Pero buen observatorio.

—Nó, que es distante: la vista
 Puede engañar. Llegaremos
 Al pié de su casa misma.
 La verdad apurar quiero
 Y ¡ay de tí si son mentidas
 Las duras acusaciones
 Con que audaz me martirizas!

Callan: hácia la morada
 De la jóven se deslizan,
 Y, sin rumor, ocultándose
 En una casa vecina,
 Ámbos al par en secreto
 Oculta daga acarician,

Y palpitantes esperan
Con intencion bien distinta.

IV

Cual impalpable fantasma,
De negra capa cubierto,
Penetra un hombre en la calle
Que llaman de *Barrio nuevo*.
Vive allí Inés. En su puerta
Detiéndose, y con misterio
«Inés,» dice: «voy,» responde
Tímida voz desde adentro:
Crugir se escucha una llave,
Mas ántes que hayan abierto
Ve el incógnito dos hombres
Que á él se acercan, y ligero,
Por la sombra protegido,
Huye cual vision de un sueño.
La puerta se abre entretanto
Y de Inés dice el acento:
«Ven, no tardes.» Por respuesta
La jóven siente en su cuello

Audaz mano que la oprime,
Cual duras garras de acero.

—Tu amante á mi justo encono
Te entrega, cobarde huyendo,
Y pues en él no he podido,
En tí, perjura, me vengo.

Dice Ramiro. La daga
De la jóven en el pecho
Sepulta, y ella murmura:
«Soy inocente, estás ciego.»
Y en sangre bañada cae,
«Te perdono,» repitiendo.

V

De don Álvaro en los brazos
El asesino se mira.

—¿Qué hice? murmura.

==¿Qué has hecho?

El mal amigo replica,

Ser mi esclavo, ser humilde
 Instrumento de mis iras.
 Yo amaba á Inés: tú tan sólo
 Reinabas en su alma altiva....
 Juré vengarme: de entrámbos
 Logro venganza cumplida.
 Por desafueros de jóven
 Proscrito su hermano huia;
 Hoy desde remotas playas
 Oculto llegó á Sevilla.
 Sé esa historia, espías tuve:
 La triste hermana debía
 Presentarlo ante su padre,
 Y con él luégo, benigna,
 Del Rey don Felipe Quinto
 El perdón impetraría;
 Que ella era el ángel custodio
 De su apenada familia.
 —¡Miserable! Mi castigo....
 Trémulo Ramiro grita;
 Mas el traidor de repente
 Puñal acerado vibra,

Diciendo:

==Á más de asesino
 Te han de apellidar suicida.=
 Y seguro golpe aséstale,
 Ráudo huyendo de su vista.

Aún tuvo el mísero amante
 Breves momentos de vida;
 Evocó nombres queridos,
 Quedando, tras su agonía,
 Puesta la mano en el pecho,
 Fija en el cielo la vista.

VI

De *Barrio nuevo* en la calle
 Extraño rumor se alza;
 Yá despiertan los vecinos
 Y acuden á las ventanas;
 Tañer se oyen en el viento
 Campanillitas de plata,

Y el espacio se ilumina
 Con claro fulgor de alba.
 Entre nubes de amaranto
 La gente mira, asombrada,
 En blanco paño tendida
 Á Inés, flor sencilla y casta.
 Resplandecientes seis ángeles
 El cendal llevan en andas;
 Dos á la vez los preceden
 Y otros dos cierran la marcha,
 Y todos pasan tañendo
 Campanillitas de plata.

Bello querub más distante
 Tiende sus purpúreas alas:
 Es el arrepentimiento,
 Que á don Ramiro levanta
 Y clemente lo conduce
 Al cielo, en pos de su amada.

¿Será ilusión? Yá la aurora
 Tiende su velo de nácar,
 Y la vista blancas nubes

Á contemplar sólo alcanza.
 Mas las devotas vecinas
 Aún escuchan, prosternadas,
 Tañer yá léjos, muy léjos,
 Campanillitas de plata.

«¡La gloria, dicen, la gloria
 Mostróse á nuestras miradas...!»
 Y aquel lúgubre recinto
 Perdió el nombre que llevaba,
 Y hoy la *Calle de la Gloria*
 Sevilla entera lo llama.

ORO Y DOUBLÉ

¡Rivales! Ella tímida y humilde
 Y tú locuaz y vana:
 Ella honrada y leal: tú.... en apariencia....
 ¡Y lograste humillarla!

Mas no lo extraño: en la eleccion de joyas,
 ¡Tal ciega la ignorancia!
 Miro cien veces desdeñar la fina
 Y preferir la falsa.

PAISAJES

A LA MEMORIA DE MI AMIGA DE LA INFANCIA
 TERESA***

¡Quince abriles! edad bella
 De esperanzas y de dichas:
 ¿Cómo pudiste su encanto
 Esquivar, mi pobre amiga?

Si no en bienes de fortuna,
 En altas virtudes rica
 Y á toda ambicion agena
 Era tu noble familia.

Evocando mis recuerdos
 Aún juzgo verla reunida
 En aquel modesto albergue,
 Mansion de santas delicias.

Allí el anciano y sus hijos,
Allí la madre benigna
Mostraban siempre en sus labios
Franca y alegre sonrisa.

¡Cuadro de ventura inmensa,
Que tú sola oscurecias!
Miré el desden en tus ojos,
La pena en tu faz escrita.

De amargo presentimiento
Sentí al punto el alma herida.
¿Será, dije, que con odio
Su honrada pobreza mira?

Despertar quise en tu espíritu
Aspiraciones sencillas,
Y al recorrer á tu lado
La deliciosa campiña,

La dicha ensalcé que alcanzan
Los que sus galas admiran,
Aplaudí los nobles sueños
Del poeta y del artista;

Ó bien evocando el nombre
Del que unirse á tí debía,
Bendije la paz que ofrece
El amor de la familia....

¡Vano afán! En los espacios
Clavaste inmóvil la vista,
Mientras silenciosa lágrima
Rodaba por tu mejilla.

Mi oculto presentimiento
Alzóse con nueva vida,
Y tal dije, adivinando
El dolor que te oprimia:

«Irrealizables deseos
Nuestra existencia aniquilan.
¡Ay de tí, si cual desdoro
Tu honrada pobreza miras!»

¡Cómo jamás olvidarlo!...
Cuando á la fiebre rendida
Estrechabas delirante
Entre tus manos las mias;

Temblando me dirigiste
Frasas de angustia infinita,
Que grabáronse indelebles
En mi corazon de niña.

De aquellas palabras tristes
Hoy el recuerdo me inspira
Pobre narracion, que el alma
Cariñosa te dedica.

Perdóname si la ofrenda
De tu memoria no es digna;
Que, aunque al evocar tu imágen
Vivaz centella me anima,

Presurosas las ideas
Por mi mente se deslizan,
Sin que mi apagado acento
Interpretarlas consiga.

Y perdóname, ángel puro,
Que al mirar en tí cumplidas
Mis amargas predicciones,
Aún anhelante repita:

«Irrealizables deseos
Nuestra existencia aniquilan.
¡Ay de aquel, que cual desdoro
Su honrada pobreza mirat!»

I

Entre pinos y abetos seculares
Apacible arroyuelo se desliza,
Que, ceñido de juncos y palmares,
Los valles comarcanos fecundiza.
Y ora saltando peñas á millares
Con plácido rumor sus ondas riza,
Ya pausado camina sin rüido
Entre guijas y helechos escondido.

En el centro de verdes enramadas,
 Á la sombra de fértiles colinas,
 En transparente lago trasformadas,
 Detiéndose sus olas cristalinas:
 Allí, cual erigida por las hadas
 Ó cual mansion de náyades y ondinas,
 Alba casita, cuanto humilde bella,
 Entre frondosos árboles descuella.

Flexibles sauces á su lado crecen,
 Que, del viento agitados al murmullo,
 En el estío abrasador ofrecen
 Frescura y sombra y armonioso arrullo.
 Rojas adelfas por do quier florecen,
 De la risueña márgen prez y orgullo,
 Y en alfombra de lirios y espadañas
 Mécese unidas las airosas cañas.

Todo es hechizo en derredor: las flores
 Dan al viento sus hálitos suaves;
 Lentos vagan los éuros voladores,
 Plácidas trinan las canoras aves:

Cual si de los sencillos moradores
 Anhelára calmar las penas graves,
 Naturaleza allí tiende las alas
 Ostentacion haciendo de sus galas.

Mas realizando tan mágica grandeza
 Misterioso poder allí palpita,
 Que, aromas esparciendo de pureza,
 Con nuevo encanto el corazon agita.

Y al mirar que entre acacias y laureles
 La hiedra y el jazmin entrelazados
 Forman arcos graciosos y doseles
 De vistosas guirnaldas coronados;

Al contemplar los setos, que arrayanes
 De perpétua verdura festonean,
 Do en alfombra de rojos tulipanes
 Allivas palmas su penacho ondean;

Ante los ramos que acaricia el viento
Y retrata la linfa cristalina,
El casto y elevado sentimiento
De una mujer al punto se adivina.

Flor lozana entre flores: pura y bella
Cual los tesoros del lujoso Mayo,
Cual de la tarde la amorosa estrella,
Cual de la aurora el transparente rayo,

Ledia, niña gallarda, que halló vida
En aquella mansion, de paz asilo,
Que en bondades por Dios enriquecida
El ángel era de su hogar tranquilo;

Al traspasar risueña los umbrales
De su grata y feliz adolescencia,
Gracias mil desplegando virginales,
Los campos animó con su presencia.

Y hechizo halló el vergel; que ella, creadora
Por intuición y amante de lo bello,
Pudo en breve, cual maga bienhechora,
Del buen gusto do quier grabar el sello.

En ella, venturosos, sus delicias
Tiernos sus padres con amor cifraban;
Y ámbos, al prodigarle sus caricias,
Sol de su ancianidad la apellidaban.

Timbre de gloria fué de sus hermanos,
Mientras al par, con cariñoso anhelo,
Viéronla los sencillos aldeanos
Cual astro de esperanza y de consuelo.

Modelo de bondad y de dulzura,
Vivo placer sus ojos destellaban,
Y jamás al poder de la amargura
Sus labios purpurinos suspiraban.

Y el eco melodioso de su canto,
De colina en colina repetido,
Logró mil veces enjugar el llanto
Y alivio ser del corazón herido.

Tal era la gentil cultivadora
De aquellos bosquecillos encantados:
Más ¿cómo crecen sin su auxilio ahora
Á su solo poder abandonados?

No hallan las flores quien con mano amiga
La mala hierba de su seno aparte,
Y audaz la grama con la odiosa ortiga
Libre su triunfo en el vergel comparte.

Los céfiros que allí sus alas tienden
Y á Ledia arrullan en pausado giro,
En vez de canto con dolor sorprenden
En sus labios tristísimo suspiro.

Todo en redor la halaga y ella gime;
¡Ella, de su poder ántes ufana!
¿Qué oculta pena el corazon le oprime
Y el sol anubla de su edad temprana?

De la jóven al ver la blanca frente,
Los grandes ojos y los blondos rizos,
La madre un dia ambicionó impaciente
Aplaudidos mirar tantos hechizos.

Léjos de sus risueñas soledades
De Ledia las miradas contemplaron
Populosas, magníficas ciudades,
Que á nueva luz su mente despertaron.

Mas al tornar, su albergue y su campiña
Ódio no más de entónces le ofrecieron,
Y sus ensueños plácidos de niña
De su inocente corazon huyeron.

¡Vanidad, vanidad! Sólo inquietudes
Por frutos das entre perpétuo llanto,
Aunque tu osada inspiracion escudes
Con el materno amor, tan puro y santo.

Jamás ántes el peso del orgullo
Á la jóven magnánima oprimia,
Que, apacible y feliz, al manso arrullo
De modesta esperanza se adormia.

Oculta, mas ajena de pesares,
Deslizábase entónces su existencia,
Y en su frente, ceñida de azahares,
Reflejaba la paz de la inocencia.

¡Cuán venturosa fué miéntras su pecho
Del mundo el esplendor desconocia,
Y libre en su humildad y satisfecho
Su jóven corazon siempre latia!

¡Cuán feliz fué cuando por sólo adorno
 Las flores de sus valles anhelaba,
 Y por sólo concierto de ella en torno
 Ruiseñores y alondras escuchaba!

Ahora poder maléfico la encanta,
 Y, siniestra, en su noble pensamiento
 La ambicion insaciable se levanta
 Seguida del amargo desaliento.

Y cesaron sus cantos de alegría,
 Huyó la risa de sus labios rojos,
 Y oculta y sepulcral melancolía
 Rugó su frente y anubló sus ojos.

Para halagarla, en su redor en vano
 Tiernas aves y flores contemplaba;
 Aves y flores con desden su mano
 Léjos de sí con odio separaba.

Huye de todos, y en el bosque umbrío
 Para ocultar su pena se retira,
 Y allí, cediendo á su dolor impío,
 Trémula llora ó con afan delira.

Delira, y entre vagas ilusiones
 Tembloroso su espíritu levanta,
 Y contempla magníficos salones
 Que altiva cruza con ligera planta.

Y ora músicas oye que, hechiceras,
 Infunden en su pecho dulce pasmo;
 Ora voces escucha lisongeras
 Que la aplauden con férvido entusiasmo.

Ya es una dama, en cien y cien festines
 Entre todas las damas aplaudida;
 Ya una reina, de fuertes paladines
 Y de sabios y próceres seguida.

Y camina entre el pueblo que, impaciente,
 Por verla, infatigable la persigue;
 Y ella, volviendo en rededor la frente,
 Con régia dignidad saluda y sigue.

Tan fantástico bien quizá la calma
 Le brinde que afanosa solicita:
 Así en la soledad busca su alma
 Treguas á la ansiedad en que se agita.

Y goza en su delirio; mas si en breve
Torna á mostrar la realidad su ceño
Y disípanse al par, cual humo leve,
Las brillantes fantasmas de su sueño;

Si volviendo en redor los tristes ojos
Mira la soledad que la circunda,
Crece su angustia y crecen sus enojos
Y doblada ansiedad su pecho inunda.

Así anhelante sufre y así el tedio
Y la ambicion devoran su existencia;
Y triste vive, sin buscar remedio
Á su continuo afan y su impaciencia.

II

Huye el tiempo veloz para el que mira
Sus bellas ilusiones realizadas;
Mas para aquel que sin ventura vive
Con marcha lenta mesurado pasa.

Con marcha lenta, por su mal, lo siente
Ledia seguir, que mísera no alcanza
Á realizar los plácidos ensueños
Que á su anhelante corazon asaltan.

Pálida y triste la contemplan todos
Sin que adivinen de su mal la causa:
Sólo su tierna madre... ¿Qué podemos
De una madre velar á las miradas?

Ella escuchó sus ayes doloridos,
Vió de sus labios la sonrisa amarga,
Y, su ansiedad profunda comprendiendo,
Tal á su lado conmovida exclama:

—No eres, hija, feliz, y harto adivino
La causa del pesar que te anonada....
¡Mísera la que inquieta sus deseos
Eleva más allá de la esperanza!

¡Mísera aquella que al fijar la vista
En las pompas del mundo, fascinada
Vése por la ambicion, que á lucha eterna
Consigne poderosa esclavizarla!

¡Si, la ambicion! ¿Acaso te estremeces?
Ledia querida ¿la verdad te espanta?
¿Qué nombre, por ventura, dar pudieras
Al anhelo fatal que te embriaga?

Tú apenas luce el sol tu albergue dejas,
De todos con despecho te separas,
Y de nosotros, si nos ves acaso,
Muda los ojos con desden apartas.

¿Qué oculto afan tu espíritu extravía?
¿Que buscas delirante? ¡Desdichada!
¿Felicidad? ¿Álcanzase en la tierra?
Si así pensarlo puedes cuál te engañas.

¡Insensata de mí! ¡La culpa tuve!
¡Mal haya para siempre la hora infausta
En que mostrarte quise las mansiones
Adonde el lujo su pendon levanta!

¡Y mal hayan los vanos pensamientos
Que desde entónces á tu mente asaltan,
Y esas aspiraciones que, infecundas,
Logran tan sólo arrebatat tu calma!

Humilde tortolilla de estos valles,
Á vivir para siempre destinada
Bajo las deliciosas arboledas
Donde la suerte colocó tu estancia;

¿En más altas regiones volar quieres?
¿No temes, por ventura, que tus alas,
Al cruzar los espacios, desfallezcan
Y humilde en tierra sin aliento caigas?

No temes.... ¿Y ya te alejas
Sin mirar mi sufrimiento?
¿De tu claro entendimiento
Cómo el error triunfa así?

¡Vén! tu cariño es mi dicha,
Tu acerbo desden me mata....
¿Adónde vas, hija ingrata?
¿Qué buscas léjos de mí?

—
Trémula, silenciosa, conmovida,
La jóven retrocede al escucharla;
Mas, tornando á seguir, impetuosa
Vuelve la faz y exclama:

—Deja, déjame que á solas
 Libre por los campos vuele;
 Que su silencio consuele
 Mi tristeza y mi inquietud.

Y pues jamás de la dicha
 Miré el semblante risueño,
 Sumergida en hondo sueño
 Pasará mi juventud.

¿No hay dichosos en la tierra?
 ¿Eso dices, madre mia?
 ¿Acaso la suerte impía
 Igual para todos es?

¡Para todos! nó; te engañas.
 ¿Sufre acaso el opulento
 Como el mendigo que hambriento
 Se arrastra humilde á sus piés?

Otras, miétras yo olvidada
 Gimo en desiertos confines,
 ¿No gozan de cien festines
 El encanto embriagador?

Y allí, do entre adornos bellos
 Resalta áun más su hermosura,
 ¿No les lleva el áura pura
 Gratos arrullos de amor?

¿Recuerdas? Era una noche
 De apacible primavera;
 El mundo por vez primera
 Lograba absorta admirar.

Ante soberbio palacio,
 De plebe en torno cercadas,
 Ámbas vimos, asombradas,
 Grandeza y lujo brillar.

Allí por las anchas rejas,
 Cual fantásticas visiones,
 Uno y otro y cien salones
 Absortas logramos ver:

Y en ellos, do deslumbrante
 El fausto apuró sus galas,
 Batia sus leves alas
 Grato el genio del placer.

Entre danzas y entre risas,
 Aéreas, gallardas, ligeras,
 Jóvenes mil hechiceras
 Reunidas miraba allí:

Ceñidas de encaje leve,
 Ornada la sien de rosas,
 Aún más que mujeres, diosas
 En mi ilusión las creí.

Jamás lograré olvidarlo;
 Hasta mi abrasada frente
 Llegaba el plácido ambiente
 De tan risueña mansion:

Llegaban ecos süaves
 De celestial armonía,
 Y de entusiasmo sentía
 Palpitar mi corazón.

Empero al llegar de nuevo,
 Por lujo tal fascinada,
 Á nuestra humilde morada,
 ¡Cuán pobre y triste la hallé!

Entónces de horrible angustia
 Sentí devorado el pecho,
 Y lágrimas de despecho
 En silencio derramé.

La memoria de esa noche
 Eterna llevo conmigo
 Y delirante maldigo
 De la fortuna el rigor:

Y gimo al ver que otras gozan
 Entre el lujo y la opulencia,
 Mientras sólo en mi existencia
 Desdenes hallo y dolor.

¿Será este afán que me arrastra
 Envidia, ambición?... Lo ignoro.
 Yo tan sólo sé que lloro
 Presa de oculto pesar.

¡Perdon!... Déjame que á solas,
 Pues tan duro es mi martirio,
 Goce en perpétuo delirio
 Dichas que nunca he de hallar.==

—¡Desventurada! ¿Así el mundo
Con sus hechizos te ciega?
¿Así tu mente se entrega
Á delirio tan crüel?

¡Y entre sueños imaginas
Dar á tu ansiedad sosiego!
¿Más amarga no hallas luégo
De la realidad la hiel?

Si sedienta de ventura
Desesperada te afliges,
¿Por qué la vista diriges
Á la opulencia no más?

¿Por qué humilde no la inclinas
Al que doblega indigente
Á la adversidad la frente
Sin elevarla jamás?

Torna, sí, torna tus ojos
Á esas turbas desdichadas,
De privaciones cercadas,
Que ni áun pan hallan tal vez:

Compara tu grato albergue
Con sus infectas mansiones,
Y acaso tus ambiciones
Cesarán y tu altivez.—

—¿Y ese pensamiento impío
Cabe, madre, en tu alma pura?
¿En la agena desventura
Alivio debo buscar?

¿Y lo hallaré? Del que siente
Henchida el alma de pena
¿Podré con frente serena
La amargura contemplar?

¡Bárbaro alivio! Nó, nunca
Así mi ansiedad se ahuyenta;
Que mi dolor se acrecienta
Con el ageno dolor.

Nunca olvidaré mis males
Porque la contraria suerte
En otros séres más fuerte
Deje sentir su rigor:

Jamás pudiera mirarlos
 Con helada indiferencia;
 Ántes, su triste indigencia
 Angustiada al contemplar,
 Con nueva inquietud opreso
 El corazón sentiria,
 Y por ellos verteria
 Llanto acerbo de pesar.

Ó al verlos gustar tranquilos
 Del mal el cáliz amargo,
 De su insensato letargo
 Los despertára tal vez.

El profundo afán que siento
 En sus almas infundiera,
 Y en ellas reinar hiciera
 Mi justa y noble altivez.

Otros gozan, les diria,
 Mientras nosotros sufrimos;
 ¿Por qué, necios, consentimos
 Tan crüel desigualdad?

No acateis á los magnates;
 Cual de ellos, vuestro es el mundo:
 Juradles odio profundo
 Y su soberbia humillad.=

—Sella, por piedad, el labio,
 Que llenas de horror mi alma.
 ¿Pudieras robar la calma
 De los que dichosos ves?
 ¿Despertar sus ambiciones
 Al aguijon de la envidia,
 Y al odio y á la perfidia
 Fiera lanzarlos despues?

Ledia, en mi apacible infancia
 Mi anciano padre una historia
 Contaba, que en mi memoria
 Fija por siempre quedó.

Era de un pueblo que, impío,
 Dió muerte á su soberano;
 Que odioso culto, inhumano,
 Á los crímenes rindió.

«¡Ay! yo lo ví: la discordia,
Mi noble padre decia,
La discordia rugió impía
Y alzó su trono fatal.

»Las leyes aparecieron
Para ahuyentarla impotentes,
Y sangre corrió á torrentes
Bajo su aliento infernal.

»Los rebeldes al cádalso
Al opulento arrastraban,
Y ellos á su vez llegaban
Ciegos á morir en él.

»Presa de vértigo horrible
Todos por desdicha fueron,
Y unos tras otros cayeron
Del hacha al golpe crüel.

»El amor propio, fecundo
En osadas ambiciones;
La envidia, de las pasiones
La más implacable y vil,

»En los corazones todos
Sangrientos se entronizaron,
Y las cárceles poblaron
De víctimas mil y mil.

»Sí, que el pueblo anheló ansioso
Altos honores, riqueza,
Y al poder y á la grandeza
Ódio profundo juró;

»Y la mujer que apacible
Tal ánsia calmar debiera,
Tambien insensata y fiera
Pábulo al encono dió.»

Así decia, exclamando
Al par con voz conmovida:
«¡Ay de la mujer que olvida
Que su mision es de paz!

»¡Ay de la que sueños vanos
Ver realizados desea,
Y de los ódios la tea
Agita ciega y audaz!»

Ledia, lloro al contemplarte
 Y al escuchar cuál deliras....
 Mas ¡ah! que airada me miras
 Y léjos huyes de mí.
 ¡Huyes! mi acento no alcanza
 Á tu corazon de hielo....
 ¡Hija desdichada, el Cielo
 Tenga compasion de tí!—

III

Entre seculares olmos
 Y verdes sáuces descuellan
 Los pardos y fuertes muros
 De alta casa solariega;
 Quizá su antigua fachada
 Cual signo honroso conserva
 Claros trofeos y escudos
 Labrados en tosca piedra;

Mas con sus tallos frondosos
 Hora apacibles los velan
 Trepadoras pasionarias
 Y gallardas madreSelvas;
 Que áun cuando no sus blasones
 Su dueño ilustre desprecia,
 Áun más sus flores estima
 Que sus timbres de grandeza.

El anciano que allí mora,
 Señor del valle y la aldea,
 Es de todos cuantos sufren
 Misteriosa providencia.

Desengaños infinitos
 De las ciudades lo alejan;
 La dicha que vió perdida
 Del campo en la paz encuentra.
 Él al desvalido tiende,
 Pródiga en dones, su diestra;
 Á los labriegos honrados
 Asiento brinda en su mesa;

Señala, sabio en consejos,
 Á todos del bien la senda,
 Y del alma los dolores
 Con dulce acento consuela.

—
 Fraternidad decantada
 Que acaso sirves de enseña
 Á hipócritas egoismos
 Ó á vanidades arteras;
 ¿No es verdad que sin alardes
 Te practican y respetan
 Todos los honrados hijos
 De esta siempre hidalga tierra?

—
 Contempló el ilustre anciano
 Á la infortunada Ledia
 Sola vagar por el valle,
 De mortal congoja presa.
 Desde entónces en silencio
 Con vivo interés la observa,
 Y, al mirar que desdeñosa
 De sus amigas se aleja,

Y que abandona á sus padres,
 Á todo cariño agena,
 Comprende al fin el secreto
 Que en su corazon encierra.
 Sin vacilar un instante,
 Movido á piedad, anhela
 Ahuyentar las ambiciones
 Que acibaran su existencia,
 Y del abismo salvarla
 Que abrir á sus piés pudieran
 El insensato amor propio
 Y la vanidad funesta.

Elevado entendimiento,
 Ilustracion, experiencia....
 ¡Cuán digno de eternos láuros
 Es el que bien os emplea!

IV

Razon, tú el campo esclareces
 Do se agitan las ideas;
 Nuestras bondades acreces
 Y en el bien nos fortaleces;
 ¡Bendita, bendita seas!

Poderosa, en tu camino
 Siempre la verdad te guía,
 Y por más alto destino
 Te alienta el fuego divino
 De Aquel que al mundo te envía.

En vano la indiferencia
 Sonreír puede en tu agravio;
 Tú eres crisol de la ciencia,
 Tú la inspiración del sabio
 Y el grito de la conciencia.

Su más anhelada palma
 Á las virtudes concedes,
 La ansiedad truecas en calma
 Y los dolores del alma
 Ahuyentar gloriosa puedes.

Así el generoso anciano,
 Que á la triste jóven mira
 Esclava de yugo insano,
 En tu aliento soberano
 Para salvarla se inspira.

Con desdeñosa impaciencia
 Ledia escucha al noble viejo;
 Mas ¿qué importa su imprudencia
 Si triunfa siempre el consejo
 Que dan saber y experiencia?

Con la palabra segura
 De arraigadas convicciones,
 Él á mostrar se apresura
 Que fuentes son de amargura
 Insensatas ambiciones.

Muéstrale cómo el que eleva
 La suerte, en rudos azares
 Quizás sorda angustia prueba,
 Y el peso en el alma lleva
 De silenciosos pesares.

Y cual la ventura humana
 Rayo de sol aparece
 Al que en seguirla se afana,
 Y es de cerca niebla vana
 Que el aliento desvanece,

Elocuencia tal emplea
 El anciano, que, intranquila,
 Respondiendo á oculta idea,
 Quizás la jóven vacila
 En todo cuanto desea.

Y aunque las dignas lecciones
 Siempre con desden escucha,
 En hondas meditaciones,
 Por acallar sus pasiones,
 Acaso en silencio lucha.

Es media noche: es la hora
 En que los tristes recuerdos,
 Las risueñas esperanzas,
 Los insaciables deseos
 Se presentan, si velamos,
 Patentes al pensamiento,
 Y si dormitamos pueblan
 De fantasmas nuestros sueños.

Ledia agitada suspira
 En perdurable desvelo,
 Sola su tranquila estancia
 Á largos pasos midiendo.

Todo en muda calma yace;
 Sólo interrumpe el silencio
 Su flotante vestidura,
 Que roza pausada el suelo.

¿Se entrega la triste jóven
 Á su delirar eterno,
 Ó recuerda del anciano
 Los avisos y consejos?
 ¡Quién sabe! Tremenda lucha
 De encontrados sentimientos
 Acaso en febril insomnio
 Aumenta su desconsuelo.
 Al fin siéntase cansada,
 Y con mudo desaliento,
 Hondo gemido exhalando,
 Inclina la faz al suelo.
 Frente, en velador humilde,
 De blanco cendal cubierto,
 Vése un santo Crucifijo
 Que amor infunde y respeto.
 En vaso de opaco vidrio,
 Lanzando tristes reflejos,
 Ténue luz la faz alumbra
 Del sacrosanto Cordero:
 Su claridad luce apénas
 En el mezquino aposento,

Que á intervalos aparece
 Velado en sombra y misterio.
 En breve la tierna jóven
 Alza la frente de nuevo,
 Mira en derredor inquieta,
 Está sóla, tiene miedo;
 Y sus temblorosas manos
 Hácia la imágen volviendo,
 Postrándose de rodillas,
 Exclama con vivo anhelo:
 «Tú, que de humildad al mundo
 Diste tan sublime ejemplo,
 Ahuyenta, ahuyenta, Dios mío,
 La vanidad de mi pecho.
 »¡Gracias, gracias! yá piadoso
 Templas la ansiedad que siento,
 Torna la paz á mi espíritu,
 Torna á mis ojos el sueño!...»
 Dice, y á poco sus labios
 Murmuraban sonriendo
 Las sencillas oraciones
 Que en otra edad repitieron;

Las oraciones benditas
 Que son del alma consuelo
 Y de la infancia nos traen
 Los más queridos recuerdos.
 ¡Feliz quien no las olvida
 Entre el mundanal estruendo!
 ¡Dichoso el que las repite
 Como en sus años primeros!

—
 Espíritus de la noche,
 De otros mundos mensajeros,
 Deslizanse silenciosos
 Entre las sombras del sueño.

Ledia, inmóvil, de rodillas,
 La frente inclinada al suelo,
 En tierna actitud las manos
 Unidas sobre su pecho;

Con su apacible sonrisa,
 Con sus ojos entreabiertos,
 Estatua bella parece
 De la oracion y el silencio.

La jóven siente su alma
 Aliviada de gran peso,
 Plácido sopor discurre
 Por sus abatidos miembros.

¿Duerme? De pronto á su mente
 Llegan apagados ecos,
 Las palabras una á una
 Del anciano repitiendo:

«Ledia, las dichas del mundo
 Polvo son que lleva el viento,
 Flores que letal ponzoña
 Guardan en su oculto seno;

»Desventurado mil veces
 El que las busca sediento,
 Por ellas trocar ansiando
 De su existencia el sosiego....»

Ella la voz reconoce
 Del respetable maestro:
 Juzgando verlo á su lado
 Dice con trémulo acento:

«¿Nadie es feliz en el mundo?
 ¿Lo que decís será cierto?»

¿Dobla el rey, como el mendigo,
 Á los pesares el cuello?»
 «Si dudas—él le replica—
 Ven, y patentes ejemplos
 Mostraré que amenguar puedan
 Tus insensatos deseos.»

De improviso contempla que su albergue
 Ante su mente absorta y agitada
 Nuevas y extrañas proporciones toma,
 Cual por resortes de secreta magia.

Áun allí está del Redentor la imágen:
 Á la luz moribunda de su lámpara
 Áun su aposento ve, solo y sombrío
 Cual ántes en silencio lo miraba;

Mas á la vez en vastos horizontes,
 Por do su absorto pensamiento vaga,
 De gran ciudad las torres y palacios
 Á su vista magníficos se alzan.

Vuelve los ojos y al anciano mira,
 Él la contempla con sonrisa amarga,
 Y extendiendo su diestra temblorosa
 Hacia el extraño pueblo le señala.

—Acércate—le dice—á esas mansiones....
 Su riqueza te asombra: en cada estancia
 El jaspe, el bronce, el alabastro, el oro
 Preséntanse con formas variadas.

De sus dueños el lujo te fascina;
 Respeto, amor el mundo les consagra....
 ¿No es verdad que no puede el infortunio
 Allí tender sus denegridas alas?

¡Crédula jóven!... Sobre tosco lienzo
 Hábil artista poderoso traza
 Pueblos, y mar, y espacios infinitos
 Que, deslumbrantes, nuestra vista engañan.

Los triunfos, la grandeza que te asombra,
 Ese fausto que envidias insensata
 Paisajes son también en que nos miente
 Altas venturas la soberbia humana.

¿De cerca verlas quieres? ¡vént!—le dice,
Y Ledia siente que la diestra helada
Del viejo, por la mano firme asiéndola,
Á ignoradas regiones la arrebatá.

—Llega,—prosigue—silenciosa llega
Á esta grandiosa y opulenta casa:
De la aureola espléndida que envidias
Mírase allí la dueña rodéada.

Lujo, belleza, juventud, aplausos,
Esperanzas de bien, todo lo alcanza....
Mas obsérvala atenta y ve su frente
De precoces arrugas yá surcada.

El velo opaco alcemos un instante
Que oculta los secretos de su alma,
Y en vez de envidia compasión tan sólo
Te inspirará su suerte desdichada.

Tesoros infinitos la fortuna
Le concedió desde su tierna infancia,
Mas nególe á la vez un nombre ilustre
Que á los ojos del vulgo la elevara.

Ante su lujo sátiras acerbas
Lanza el rencor, sediento de humillarla,
Y frases y alusiones calumniosas
Eco en la audaz maledicencia hallan.

Triunfar acaso la verdad consigue;
Mas ¿de su triste corazón arranca
Los punzantes abrojos que en silencio
La odiosa envidia y el despecho clavan?

¡Jamás!... De gran banquete llega ahora:
Fué aplaudida; mas mírala indignada
Léjos de sí las joyas arrojando
Que enaltecían sus nativas gracias:

Y ayes hay en sus labios de tristeza,
Y en sus ojos al par llanto de rabia....
¡Yá te alejas de aquí! ¿Ves cómo á veces
Junto al placer anida la desgracia?

—Sígueme en pos.... ¡Magnífico palacio!...
Ante el lujo que reina en sus estancias,
Ante sus claros timbres y blasones
Creyérase mansion de algun monarca.

Mas contempla á esa jóven.... Muda, triste,
 Sus grandes ojos á los cielos alza,
 Miéntras que por sus pálidas mejillas
 Acerbo llanto de dolor resbala.

¿Qué la puede affigir? Ella del mundo
 Por su fausto y bondades respetada,
 Heredera feliz de ilustre nombre,
 ¿Qué pena sus venturas acibara?

Escucha y la sabrás. Sus ascendientes
 Amenguaron sus rentas. En la holganza,
 Del juego, que traidor á la ruina
 Y áun al crimen tal vez al hombre arrastra,

Su padre amó los pérfidos azares;
 Su fortuna cien veces arriesgada
 Contemplóse por él; perdióla al cabo
 Y espantosa miseria le amenaza.

Contéplalo abatido ante su hija;
 Observa cuál de entrambos la mirada
 Encuéntrase un momento, revelando
 La creciente amargura de sus almas.

Sí, que no sólo á la pobreza temen;
 Su egregio nombre, el brillo de su casa
 Forzoso es que sostengan, y que el mundo
 Adivinar no pueda su desgracia.

Es forzoso que en cien y cien festines
 Ella áun ostente deslumbrantes galas;
 Que el dolor en su rostro no aparezca,
 La paz mintiendo que en su pecho falta.

Con la seca verdad, empero, á solas,
 Deploran ámbos tan mezquina farsa,
 Y, horrorizados, el momento esperan
 En que por siempre de su trono caigan.

De desengaños mil, de privaciones
 Hondo abismo contemplan á sus plantas:
 ¿Quieres, Ledia, trocar tu suerte oscura...?
 Mas yá te alejas y llorosa ¡callas.

—En ese grande y suntuoso albergue
 Detiénense curiosas tus miradas:
 Clara es la estirpe de su ilustre dueño
 Y Creso sus tesoros envidiara.

Crucemos sus magníficos salones:
 Con mágico esplendor ataviada,
 Rica de gentileza y de hermosura,
 Sentada vése allí soberbia dama.

Es su esposa. Deidad de los festines
 La llama el mundo; mas su faz airada,
 Sus ojos que, agitados, centellean,
 ¿No revelan tal vez hondas borrascas?

¿Dichosa puede ser? Su noble esposo
 Desdeña del hogar la dulce calma;
 Y, esclavo vil de abominables vicios,
 Por fango inmundo su existencia arrastra.

Así alcanzar anhela los aplausos
 De aquellos que en maldades aventaja;
 Ella lo sabe y sin consuelo gime,
 Juzgándose ante el vulgo desdeñada.

De pérvida rival quizás ahora
 La odiosa imagen á su mente asalta;
 Y en su creciente enojo se adivinan
 Infernales designios de venganza.

Ahogando generosos sentimientos,
 Del amor propio miserable esclava,
 Ultraje con ultraje pagar quiere
 Ante los que la miran humillada.

Tal vez arrojará sobre su nombre
 De la deshonra la indeleble mancha,
 Sin ver que hasta á los hijos de sus hijos
 Puede llegar la sombra de su infamia.

¿Le importará que dignos la desprecien
 Acaso los que afectan respetarla,
 Si de émulas sin número á los ojos
 Logra triunfante aparecer vengada?

¿Dichosa será entónces?... Mas la frente,
 Roja de indignacion, al suelo bajas.
 ¡Pronto huyamos de aquí! No hay paz ni dicha
 Á donde tiende la maldad sus alas.

—Vén y borremos tan odiosa imagen....
 Vuelve los ojos: apacible, casta,
 Hermosa niña mirarás que apenas
 En su florida adolescencia raya.

Rosa gentil del suelo americano,
 Sus padres, que frenéticos la amaban,
 En venturosa, perenal inercia
 La educaron temiendo disgustarla.

Ahora inhábil, altiva, de su sexo
 Desdeña las labores delicadas,
 Huye de la instruccion, odia las artes,
 Y del trato social fria se aparta.

Es rica: aduladores la rodean,
 Realiza sus caprichos, mas su alma
 Ríndese al tedio ¡al tedio! hermano horrible
 De la helada pereza y la ignorancia.

Y sufre y aborrece la existencia,
 Aunque por todos mirase halagada....
 Y ¡quién sabe despues dónde el hastío,
 Dónde la ociosidad pueden llevarla!

—Los cuadros que presento ante tus ojos
 Á convencerte de tu error no alcanzan....
 Vén á rico festin.... Mira cuál lucen
 Lujo fascinador cien y cien damas.

En esa coronada de brillantes
 Fija por un momento la mirada....
 ¿Será feliz? ¿Desdichas no revela
 Su eterna risa, á su pesar amarga?

No es jóven, no es hermosa; ciega envidia
 Á las demás su juventud, sus gracias....
 Y bajo aquellas deslumbrantes joyas
 Fiero pesar su corazon desgarrá.

Ajena de talento y de virtudes,
 Que su tristeza acaso mitigaran,
 Sueña con los encantos del gran mundo,
 Donde anhelante sus delicias halla:

Empero bien comprende que tan sólo
 Vése por sus riquezas respetada,
 Y sufre, con despecho contemplando
 Que es de su misma vanidad esclava.

—Cien jóvenes y cien en torno mira:
 ¡Cuán placidas sonrien! ¡Cuán ufanas
 De sus galas están!...=¡Son venturosas!
 —Mas ¿todas lo serán?... ¡Pobre insensata!

¡Si adivinar su oculto pensamiento
 Consiguieses.... acaso te mofaras!
 Mas vieras que quiméricos pesares,
 Cual los ciertos, herir logran el alma.

Vieras que ya la idea, asaz mezquina,
 De que en prendidos otra le aventaja,
 Ya el sentimiento de risible encono
 Si aplaudida no fué cual anhelara,

Temor de no agradar, vaga tristeza,
 Quizás irrealizables esperanzas,
 De la jóven robar el sueño pueden
 Y causa ser de sus acerbos lágrimas.

Es ley sufrir; y auxiliár seguro
 Siempre el dolor en nuestra mente halla;
 Que hace, á falta de males verdaderos,
 Del más pueril objeto su desgracia.

—Cansada estás: no mostraré á tus ojos
 La que, infeliz, en orfandad temprana,
 Por el gran mundo, sin sosten ni guía,
 Va de error en error encaminada:

Ni las que tristes calumniadas gimen,
 Ni aquellas que, ambiciosas ó malvadas,
 Truecan la dulce paz de la conciencia
 Por soñadas venturas que no alcanzan....

No acabara jamás. Niña inocente,
 Bajo esas apariencias tan galanas
 Las penas en silencio se deslizan
 Y acerado puñal traidoras clavan.

¿Á qué un bien anhelar que desconoces?
 ¡Si todo es ilusion! La dicha humana,
 Las grandezas y glorias que admiramos,
 Paisajes son que nuestra vista engañan.—

—
 De rodillas aún, juntas las manos,
 Inclinada la faz, Ledia, agitada,
 Se apresta á responder.... Los ojos abre;
 Profunda soledad reina en su estancia.

Silencio y sombra.... Temblorosa vuelve
 Al santo Crucifijo la mirada:
 Extraños rasgos á la imágen presta
 La luz casi extinguida de su lámpara....

Con mudo horror la soñolienta jóven
 Torna los ojos á cerrar, y clara
 La misteriosa voz llega á su oido,
 Lenta volviendo á conmover su alma.

—El alba apacible asoma;
 Aguarda, niña, un momento,
 Y de mi apagado acento
 Oye el eco bienhechor.

No con tan negros paisajes
 Tu espíritu se entristezca,
 Permite que otro te ofrezca
 De más risueño color.

En la frondosa campiña,
 Al pié de alegres alcores,
 Cercada en torno de flores,
 Limpia casita se ve;

Familia humilde allí mora
 Que halló males por herencia
 Y á laboriosa existencia
 Se entrega con viva fé.

Ajena de aspiraciones,
 Que tarde el hombre realiza,
 Jamás ciega se esclaviza
 Al mundo en lucha tenaz:
 No envidiados por su suerte,
 Ni de la ajena envidiosos,
 ¿Quién de séres tan dichosos
 Osa arrebatár la paz?

Si pobre heredad cultivan
 Fértil la torna su celo,
 Y aquel constante desvelo
 Con creces premiado ven;
 Quietud al par en el alma
 Reciben en recómpensa....
 ¿Hay quien dicha tan inmensa
 Pueda mirar con desden?

Del risueño hogar se alza
De humo yá flotante nube,
Que lenta al espacio sube
Cual matutina oracion.

Es el himno del trabajo
Que, de actividad en prueba,
Madre cariñosa eleva
Á la celestial mansion.

Yá en el dintel aparecen
Los sencillos labradores,
Sus honrados servidores
Míranse en torno acudir:

El noble y benigno padre
Á dar ejemplo se apresta;
Su yunta vese, dispuesta
Ántes que todas, partir.

El perro fiel á su ladô
Aullidos lanza de gozo,
Con celestial alborozo
Sigue la familia en pos....

Sacerdotes del trabajo,
Que engrandece á las naciones,
Partid, que copiosos dones
Al bueno concede Dios.

—Atrás vuelve y en silencio
Contempla esa digna anciana
Que ve á sus hijos, ufana,
Tan noble lucha emprender:
La miran y ella sonrie;
Empero observa sus ojos,
Verás de penas ó enojos
Vaga sombra aparecer.

Gozo brindándole en vano
Pasa el aura bullidora
Y los espacios la aurora
Baña en tintas de arrebol.
Para calmar su amargura
Cantan las aves en vano
Y tras el monte lejano
Pausado elevase el sol.

Apénas los caros deudos
Aléjanse de su vista
El afan que la contrista
Deja en sus lágrimas ver.

Fué dichosa: de hija ingrata
Hirióla el acerbo encono
Y en solitario abandono
Siéntese desfallecer.

¿Huyes? ¿Verdad que á este cuadro
Do tanta dicha resalta
Ornato precioso falta
Que diérale animacion?

Falta el sér que al ángel puro
Quizás iguala en belleza
Y es por soberana alteza
Corona de la creación.

Falta la jóven benigna
Que, casta, en su nivea frente
La noble corona ostente
De hermosura y de virtud;

La hija falta que, suave,
Todo en redor lo embellezca
Y apoyo á su madre ofrezca
Con tierna solicitud.

Ave pura entre las aves,
Flor galana entre las flores,
Ella nuevos esplendores
Diera al bosque y al verjel.

De santo cariño en aras
Rindiera digno homenaje....
En tan alegre paisaje
Faltas tú, Ledia cruel.—

—
La jóven lanza un gemido....
Su sueño huyó de repente....
Desvelada alza la frente,
Mira en torno con afan:

Al balcon llega.... yá el cielo
Con vivo color se inflama....
Despiertos yá cuantos ama
Ante su mansion están.

Al escuchar que la nombran
 Á noble impulso obedece....
 Yá ante todos aparece
 Dulce cariño á ofrecer.
 Y á sus padres abrazando,
 Con lágrimas de ternura
 =¡Lazos benditos—murmura—
 Nunca os volveré á romper! =

Y es fama que en aquel punto
 Sonrieron los Amores
 Y de más galanas flores
 La campiña se vistió;
 Y que, invisible, el querube
 Que la bondad galardona,
 De azahar bella corona
 Para la jóven tejió.

LA MÁS NOBLE CARIDAD

I

Es don Ambrosio de Espinola
 Arzobispo de altas prendas,
 Que la andaluza metrópoli
 Con gran acierto gobierna.

Noble y sensáto, ambiciona
 El esplendor de su Iglesia,
 Y por la dicha del pueblo
 Clemente al par se desvela.

Celoso pastor, lo mismo
 Al que gime en la indigencia
 Que al poderoso magnate,
 Tiende su mano benéfica.

Así su bondad sin límites
Halla aplausos donde quiera;
Que en él un padre amoroso
Pobres y ricos encuentran.

Apesar de sus virtudes
No falta quien le zahiera:
¿Cuándo en paz al que se encumbra
Dejó la maledicencia?

Quizá en su propio Cabildo
La crítica audaz comienza,
Y hay quienes de herirlo acaso
Ocasión siempre desean.

Y ocasión ahora propicia
En verdad se les presenta,
Que harto bien los rencorosos
Para su objeto aprovechan.

Yá la episcopal morada,
Vieja y ruinoso, no era
Digna de prestar albergue
Á Príncipes de la Iglesia:

Don Ambrosio, no por él,
Que infinita es su modestia,
Y sí por deber, dispuso
Su restauración completa.

Nombró alarifes de fama;
La obra emprendióse ligera,
Y, en breve, de las ruinas
Se alzó mansión digna y bella.

Con esto los descontentos
Murmuran: «Ved la presteza
Con que edifican palacios
El orgullo y la soberbia.»

Y juzgando que esto es poco,
Argumentos que más fuerza
Han de tener para el pueblo
En su afán inicuo emplean.

«El buen Arzobispo, añaden,
Consume en obras sus rentas:
¡Ay de los tristes mendigos
Que el pan de su mano esperan!»

«Malgasta el caudal del pobre,
 Repiten con insistencia;
 No hay caridad donde el lujo
 Y la vanidad imperan.»

Estas críticas injustas
 Quizá Espínola sospecha,
 Mas él prosigue tranquilo
 Su obra, que á término llega.

Yá sólo por complemento
 Falta espaciosa escalera,
 Que á su gusto se construye
 De limpio jaspe cubierta.

Y el Prelado venerable
 Con gozo infantil contempla
 Colocar unas tras otras
 Las bien cinceladas piedras,

Fundando en aquel ornato
 Su ilusion más halagüeña,
 Sin temor de que le acusen
 De pueril las malas lenguas.

¡Pueril! los ángeles puros,
 Guardadores de la tierra,
 Repetir deben gozosos
 Cuando tales séres vean:

«¡Bien haya aquel que acercándose
 De la vejez á las puertas,
 En sus gustos y deseos
 Alma de niño conserva!»

II

Don Amaro, loco insigne,
 De quien áun Sevilla guarda
 Memorias que harto revelan
 Su malignidad y gracia,

En tiempo del noble Espínola
 Recorre calles y plazas,
 Sermones mil predicando
 Que siempre auditorio hallan.

Como con otros dementes,
Con él muchas veces pasa,
Que le sobra de malicia
Lo que de razon le falta;

Y más que loco, taimado,
En sus atrevidas *pláticas*,
Indirectas bien directas
Á sus oyentes dispara.

Y al considerar la astucia
Con que sin piedad se ensaña
Contra elevadas personas
Y clases determinadas,

Bien sospecharse pudiera
Que hay quien sus dichos ensaya,
Y que acaso algunos cuerdos
Por boca del loco hablan.

Él entretanto admitido
Se encuentra en todas las casas;
Hasta al benigno Arzobispo
Mucho sus chistes agradan.

Cuando en palacio lo mira
Lo hace subir á su estancia,
Y á predicar lo estimula
Y espléndido lo agasaja.

La acogida que halla el loco
Observa la envidia y calla:
¿Quién sabe si con el tiempo
Soñará en aprovecharla?

III

Es una alegre mañana:
Á recorrer la ciudad
Sale Amaro, y va, cual siempre,
Al Palacio arzobispal.

Inmensas turbas le siguen,
Mas todos logran entrar,
Que saben es don Ambrosio
La suma benignidad.

Á ir dispónese el Prelado
 Á la santa Catedral,
 La escalera entre canónigos
 Con pausa bajando está.

Conversando alegre llega,
 Prestes le siguen detrás,
 Y sus familiares todos
 Cerrando la marcha van.

Apénas al loco pudo
 En el patio divisar,
 Llamándolo, tal le dice
 Con franca jovialidad:

«Tú, que pruebas de entendido
 Siempre en tus sermones das,
 ¿Qué dirás de esta escalera
 Que he mandado fabricar?»

Amaro, fingiendo asombro,
 Santiguase con afan,
 Cual si gran magnificencia
 Le llegase á deslumbrar.

«Es bella, dice, bien digna
 De la casa es en verdad:
Panis in petra trocabit,
 Como dijo San Pascual.

»¡Oh, señor excelentísimo!
 Á gritos prosigue audaz,
 Orgullosa con tal obra
 Sin duda debeis estar.

»Mármol de bellos colores
 Y terso como el cristal....
Panis in petra trocabit....
 ¡Qué hazaña más singular!

»Por ella de Jesucristo
 Sois la imágen más cabal;
 Él en pan trocó las piedras,
 Vos trocais en piedra el pan.

»¡Qué agradecidos los pobres
 Con tal cambio han de quedar!
 Aplausos sin fin alcance
 Vuestra inmensa caridad!»

Tal dice, y haciendo guiños
Diríjese á los demás,
Promoviendo sus visajes
En todos la hilaridad.

Los maldicientes apénas
Pueden la risa ocultar;
Mas, fingiendo enfado, al loco
Duras reprensiones dan.

El taimado entre las turbas
Aléjase sin chistar,
Y hace grotescos saludos
El rostro volviendo atrás.

El buen Arzobispo al suelo
Inclina roja la faz,
Más consigue su disgusto
Benigno disimular.

Y entre su séquito en breve,
Con apacible ademan,
Prodigando bendiciones
Camina á la Catedral.

IV

De la episcopal morada
Á la estancia más modesta
Apénas se extingue el día
El buen Arzobispo llega.

Allí á sus pajes despide,
Cierra callado la puerta,
Y en un sillón toma asiento
Que á extenso bufete acerca.

En él apoya los codos;
Sobre la mano siniestra
Inclina torvo la frente,
É inmóvil medita ó reza.

De dos pálidas bugías
La luz en su faz refleja,
Y el sello de honda amargura
Impreso mírase en ella.

Trascurre así largo tiempo,
Mas de pronto la cabeza
Levantando, tal murmura
Con voz que angustia revela:

«¿Será verdad? ¿De los pobres
Osé malgastar la hacienda?
¿No es digno acaso el empleo
Que quise dar á mis rentas?»

»Esto la crítica dice,
Esto el Cabildo moteja,
Mas ¿por qué á la vez tranquila
Permanece mi conciencia?»

Tal dice: grueso legajo
Desata con mano trémula,
Y numerosos papeles
Extiende sobre la mesa.

Allí larguísimas sumas
Recorre su vista inquieta,
Y nombres cien pronunciando
Recibos sin fin hojea.

«Es verdad, trémulo añade;
Á mucho ascienden las cuentas:
¿Será que el pan de los pobres
Habré convertido en piedra?»

»Hartos crecidos dispendios
Tantos nombres manifiestan,
Empero ¿cómo tranquila
Permanece mi conciencia?»

Calla, y las sumas reune,
Los recibos enumera,
Y los nombres allí escritos
Vuelve á pronunciar sin tregua.

Cansado al fin, abandona
Tan enojosa tarea,
Febril reclinando en breve
En el sitial la cabeza.

Y cuando yá en la Giralda
Comienza á sonar *la queda*,
Duerme con el blando sueño
De una tranquila conciencia.

V

Sombras son de los recuerdos
 Que nos afligen ó halagan,
 Ó imágenes apacibles
 De ilusiones y esperanzas,

Esos fantasmas sin número
 Que en los ensueños se alzan
 Y tomando forma y vida
 Por ignoto espacio vagan.

¿Qué ve dormido el Prelado?
 Despierto júzgase, y ánsia
 Seguir de nuevo el exámen
 Que su mente fatigaba.

Su mano extiende á la mesa,
 Mas con mudo horror la aparta.
 ¡Arder los papeles mira
 De humo inundando la estancia!

Quiere gritar, mas en vano,
 Aliento y vida le faltan,
 Y su respirar inquieto
 Harto su angustia declara.

«¡Oh! los recibos....» murmura,
 Y tras inciertas palabras
 Torna á pronunciar los nombres
 Que en los recibos se hallan.

Como á la voz de un conjuro,
 De entre el humo se levantan
 Ténues, impalpables sombras
 Que adquieren figura humana.

Y voz misteriosa dice:
 «Noble señor ¿qué nos mandas?
 ¿Quieres saber cuántos fuimos
 Los que admitiste en tu casa?»

»Hémos aquí.» Y ve el Prelado
 Que su habitacion se agranda
 Y á su lado cien obreros
 Sin rumor pasan y pasan.

Los conoce, hablarles quiere,
 Su acento empero desmaya,
 Y con vivo afán escucha
 La voz que de nuevo habla:

«¿Recuerdas? Hacia nosotros
 Tendióse tu mano franca,
 Todos te somos deudores
 De bienestar y esperanzas:

»Premiar supiste el trabajo,
 Tu bondad nos alentaba,
 Y pues triste hora te vemos
 Noble señor, ¿que nos mandas?»

Calla. La luz de una idea
 Hierde de Espínola el alma,
 Y las manos extendiendo
 Dice á todos: «¡Gracias, gracias!»

Quiere seguir, mas de pronto
 Su apacible ensueño acaba,
 Que al eco del sacro bronce
 Despierto la frente alza.

Vuelve en sí, y á Dios bendice,
 Mientras la grave campana
 Con lentos sonos anuncia
 El nuevo fulgor del alba.

VI

El día de san Ambrosio
 Ordena el Prelado insigne
 Dar espléndida comida
 Á todos cuantos le sirven.

Quiere que el fin de la obra
 En ella se solemnice,
 Y sus fieles artesanos
 De tal fiesta participen.

Maese Jaime el cocinero,
 Afanoso por lucirse,
 Asados y extraños guisos
 Con gran acierto dirige:

Y acópianse en la cocina
Chuletas, magras, pernils,
Y gallinas por docenas
Y por cientos las perdices.

Á la vez el repostero
En preparar se desvive
Rimeros de blancos panes,
Rancios vinos y confites.

Largas mesas se disponen,
Que limpios manteles visten:
Alternan con la vajilla
Ramos de flores á miles.

Y entre grupos de arrayanes
Á iguales distancias míranse
Colmadas de bellas frutas
Gallardas cestas de mimbre.

Los sirvientes de la casa
Á los de fuera reciben,
Los que, cual mandó el Prelado,
Con sus familias asisten.

Y ancianos, mujeres, niños,
Con placer indescriptible,
En traje de fiesta acuden
Á tan alegre convite.

Muchos son, mas todos caben:
Yá el mayordomo consigue
Que vayan tomando asiento
Sin emulacion ni piques.

Ni entre los más avezados
Á reuniones y festines
Mayor compostura y orden
Puede en verdad exigirse;

Que los hijos de este pueblo
Son, cuando su instinto siguen,
Francos sin ser atrevidos,
Modestos sin ser humildes.

Y en las ocasiones todas,
Si no hay quien los extravie,
Áun con los más ilustrados
En urbanidad compiten.

Un anciano sacerdote
Yá los manjares bendice,
Y su plato á cada uno
Al punto los pajes sirven.

Y á comer todos empiezan
Sin cortarse ni aturdirse,
Entre pláticas alegres
Y bien sazonados chistes.

VII

Entretanto don Ambrosio,
Con su agrado habitual,
Recibe á cuantas personas
Á felicitarlo van.

Su Cabildo lo acompaña,
Y él viendo en la estancia yá
Á los muchos que sus actos
Satirizan sin piedad;

«Señores, á todos dice:
»Vais conmigo á presenciár
»La más alegre comida
»Que imaginarse podrán.

»Son mis fieles industriales,
»Que he querido convidar,
»Y hoy, dichosos, de mi casa
»Posesionados están.»

Levántase el buen Prelado,
Todos le siguen detrás,
Y en otra estancia parándose
Vuelve y prosigue jovial:

«¿No es verdad que hay varios modos
»De ejercer la caridad,
»Y que es siempre grato al Cielo
»Cuanto á los pobres se da?

»Si es justo dar al mendigo
»¿No lo es también evitar
»Que á mendigar otros lleguen
»En la triste ancianidad?

»Proteccion dar al trabajo,
 »Aliento á la industria dar....
 »Hé aquí donde alcanza el pobre
 »Sin humillacion el pan.

»Y ese amor á la belleza
 »Que obliga al hombre á inventar
 »Objetos mil cada día,
 »¿No será providencial?

»Oid: en los pueblos todos
 »Siempre se han visto brillar
 »Genios y artistas sublimes,
 »Huella dejando inmortal.

»Los reyes, los poderosos
 »En obligacion están
 »De tender hácia esos séres
 »Mano franca y liberal:

»Y sus obras acogiendo
 »Débenlos estimular
 »En las mágicas tareas
 »Que honran á la humanidad.

»Aquel que no pueda tanto,
 »Al ménos debe anhelar
 »Proteger en cuanto alcance
 »Al honrado menestral;

»Que esparciendo beneficios
 »Al pobre y al rico al par,
 »Digno ministro es la industria
 »De la santa caridad.»

Dice, y alzando los brazos
 Añade con vivo afan,
 Todo el fuego de su alma
 Brillando en su noble faz:

«Oh, si mis preces hasta Dios llegaran
 Al elevar mis consagradas manos,
 Colmados de riquezas se elevaran
 Herreras y Roldanes y Ticianos.

»Ensalzara sus mágicos portentos:
 En mí su genio proteccion tendria,
 Y en sus obras grandiosos monumentos
 Á mi querida patria legaria.

»No puedo empresa acometer tan alta
Aunque noble ambicion al alma sobra,
Mas yá que medio á mi deseo falta
Mis protegidos ved: hé aquí mi obra.»

Tal exclama, y ancha puerta
Abriendo de par en par,
Entra en el salon adonde
Sus convidados están.

Todos levántanse al verlo,
Mas él con gracia especial
Hace que á sentarse vuelvan,
Y con su innata bondad

Les dice: «Deuda sagrada
Vengo, amigos, á pagar:
Pues que todos me servísteis
Con suma puntualidad,

»Hoy á serviros yo vengo;
Que nunca remunerar
Beneficios logra el oro
Si con amor no se da.»

Y repartiendo los platos
Con extraña agilidad,
Vuélvese á su comitiva,
Que absorta sigue detrás,

Añadiendo: «¿Veis cuál puede
»La maledicencia errar,
»Pues consigo, venturoso,
»Trocar las piedras en pan?»

Túrbanse los aludidos:
¿Quieren su error confesar?
Acaso nó, que es inmensa
Del hombre la vanidad.

LAS MENSAJERAS.

Tú, que alzándote del fuego
 Á la mansion de las nubes,
 Ya rápido, ya en sosiego
 Cual sombra impalpable subes,

Humo leve, que te alejas
 Y encumbrado te deshaces;
 ¿Qué murmuras cuando dejas
 El lugar adonde naces?

Dicenme que si á la altura
 Tu ráfaga audaz se lanza,
 Ora es nuncio de ventura,
 Ya señal de bienandanza;

Y que ella cifrado encierra
 Un oculto pensamiento,
 Cual mensaje de la tierra
 Dirigido al firmamento.

Ráfagas que abandonais
 Esta mansion transitoria,
 ¿Á contar acaso vais
 Del mundo lúgubre historia?

Tal vez. Cuando absorta os veo
 Emprender vuestro camino,
 Que cumplís las leyes creo
 De misterioso destino.

Juzgo que el eco pausado
 Sin rumor á mí descende
 De lenguaje que, ignorado,
 Tan sólo el alma comprende:

Juzgo que os encumbra el viento
 Hacia el *inmortal seguro*,
 Y al vuestro unido su acento,
 Que tal decís me figuro:

EL AIRE

Ráfagas, por mis alas impelidas
 Ascended á las célicas regiones,
 Que del mundo contar debeis unidas
 Ruindades y virtudes y aflicciones.

Del mal y el bien en lucha gigantesca
 La humanidad desconsolada gime:
 ¿No hay quien ejemplos de virtud ofrezca
 Ni quien su noble espíritu reanime?

¿Puede vuestra mision ser en su ultraje?
 ¿Qué contemplásteis al tender el vuelo?
 ¿Qué ignoradas historias, cual mensaje,
 Desde la tierra conducís al cielo?

LAS RÁFAGAS DE HUMO

Del bien y el mal la gigantesca lucha
 En nuestro paso breve contemplamos:

Las vagas nuevas silencioso escucha
 Que del mundo á llevar nos aprestamos.

RÁFAGA PRIMERA

Nací en mísero hogar: hambre, abandono,
 Sombra allí daban de mortal tristeza;
 Jóvenes ví que con sangriento encono
 Denostaban gimiendo su pobreza.

Los ví, hostigados por su adversa suerte,
 Ceder á inspiraciones criminales....
 Mas ví una madre bondadosa y fuerte
 Dique oponer á desastrosos males.

Y cuál lograba, reanimando el fuego,
 De allí alejar el perezoso frio,
 De aquellas almas desterró su ruego
 La helada sombra de proyecto impío.

Con sus ejemplos y su voz mostrando
 Que es el trabajo contra el mal escudo,
 Dormidos sentimientos reanimando,
 Á sus hijos salvar gloriosa pudo.

Los ví, cediendo al maternal desvelo,
 La inercia abandonar que al hombre oprime:
 Venturosa á decir álzome al Cielo,
 Que aún el genio del bien triunfa en el suelo
 Y á la angustiada humanidad redime.

RÁFAGA SEGUNDA

Cubierta me elevé con negro manto:
 De los talleres al rumor nacida,
 Ví la industria fabril cual númen santo,
 Dispensador de bienandanza y vida.
 Libraba en ella un pueblo su existencia;
 Mas ví ilusos en número infinito
 Que, acallando la voz de su conciencia,
 Daban allí de rebelion el grito.
 Y el trabajo mirando cual verdugo,
 Eterno azote de cobardes greyes,
 Anhelaron romper el santo yugo
 De las humanas y divinas leyes.
 No todos en verdad. Allí se alzaron,
 Libres de encono y de implacable envidia,

Obreros cien, que justos rechazaron
 La odiosa instigacion de la perfidia.
 Los miré desdeñar con vivo celo
 Al que insensato á su deber se exime....
 Subo á decir, humanidad, al Cielo,
 Que aún el genio del bien es tu consuelo
 Y de mengua y oprobio te redime.

RÁFAGA TERCERA.

Rica estufa, de mármol revestida,
 Mi cuna fué. Detúveme un momento
 Ante risueña multitud, que unida
 Hallábase en magnífico aposento.
 Ví allí esos séres que en perpétua holganza
 Cifran, para baldon de la cultura,
 En miserables vicios su esperanza
 Y gozan en la ajena desventura.
 Ví, de la dignidad cual duro agravio,
 Que aplausos infinitos recibian
 Cuando con torpe y maldiciente labio
 Al ausente por mofa escarnecian.

Mas cien damas al par miré benignas
 Culto en aras rendir de alta clemencia,
 Anhelando embotar, nobles y dignas,
 Los dardos de la audaz maledicencia.

Contemplélas borrar con vivo celo
 La mancha vil que la calumnia imprime.
 Volé sus nombres á decir al Cielo....
 Áun el genio del bien triunfa en el suelo,
 Áun á la ciega humanidad redime.

RÁFAGA CUARTA

Del incendio broté. Ví en lontananza,
 Entregados á júbilo inaudito,
 Villanos que, por lucro ó por venganza,
 Consumaban tan bárbaro delito.

Y al alzarse y crecer voraz el fuego,
 Que al rico en indigente convertia,
 Hacer los ví, con criminal sosiego,
 Mofa de sus gemidos de agonía.

Infundióme terror la raza humana;
 Mas miré todo un pueblo que, al tañido

Respondiendo de lúgubre campana,
 Llegaba allí por la piedad unido.

Con voluntad heroica y decidida
 Jóvenes cien al foco se lanzaron;
 Los ví que por salvar la ajena vida
 La propia con valor sacrificaron.

Miré que existe quien con noble anhelo
 La espadarompa que el malvado esgrime....
 Premio te guarda, humanidad, el Cielo,
 Que áun el genio del bien es tu consuelo
 Y de mengua y oprobio te redime.

RÁFAGA QUINTA

El rudo són con que la bomba estalla
 Vida préstome. Cual opaco velo
 Tendíme sobre el campo de batalla,
 Quise ocultar los crímenes del suelo.

Los hombres ví trocados en leones,
 Tintas en sangre contemplé sus manos,
 Y escuché las odiosas maldiciones
 Que lanzaban hermanos contra hermanos.

Nuevas sólo llevar de encono y muerte...
 ¡Cuán amarga misión era la mía!...
 Mas miré al par ejército que, fuerte,
 Tras albo pabellón allí acudía.

Ministros del altar y de la ciencia,
 De caridad benéficas hermanas,
 Llegaban en honrosa competencia
 A ejercitar virtudes sobrehumanas.

Arrostrando el temor, vida y consuelo
 Dieron en torno con ardor sublime;
 Vuelo a decir, humanidad, al Cielo,
 Que aún el genio del bien con santo anhelo
 De tus manchas y oprobio te redime.

RÁFAGA SEXTA

Pura me alcé de Dios ante el sagrario:
 Del órgano al oír los ecos graves,
 Pausada multitud, del santuario
 Llenó en silencio las extensas naves.
 Trémula contemplé que osada gente,
 Quizás tan sólo a la impiedad dispuesta,

Lugar allí buscaba, irreverente,
 Cual al reclamo de profana fiesta.
 Séres al par miré que la mancilla
 Renovando del duro fariseo,
 Ante el ara doblaban la rodilla
 Con faz devota y corazón ateo.

Mas otros ví que fieles se humillaban,
 Y, sin hacer traición a su conciencia,
 Al Hacedor su espíritu elevaban,
 Fervidos invocando su clemencia.

Llevo en mis alas su oración al Cielo...
 En vano el mal te acecha y te deprime;
 Álzate, humanidad, con noble anhelo,
 Que aún el genio del bien es tu consuelo
 Y de mengua y oprobio te redime.

TODAS LAS RÁFAGAS

Alma somos del fuego. Arrebatadas
 Por los aires al Cielo nos lanzamos:
 Mensajeras del bien, apresuradas
 Nuestra misión unánime cumplamos.

Dirémos que si el mal sobre tí pesa
 Y tu sagrada dignidad lastima,
 Aún en tu seno, humanidad opresa,
 Existe quien de oprobio te redima.

Impulso bienhechor nos encamine;
 Volemos, compañeras, sin tardanza,
 Y hagamos juntas que al perdon se incline
 De la Justicia eterna la balanza.

NOTAS

(1) El presente prólogo fué escrito hace algunos años para otro volúmen que no llegó á imprimirse. La autora de FLORES MARCHITAS desea que aparezca en el primer tomo de su nueva coleccion, tanto por figurar en él algunos de los versos que menciona el ilustrado prologuista, como porque el nombre de éste, que tan digno puesto alcanza en la república de las letras, preste á su modesto libro el valor literario de que carece.

(2) No es como poetisa como más brilla la Sra. Arenal, pero hubiera sido falta imperdonable no citar su nombre ocupándose de las escritoras contemporáneas en España. La autora de la Memoria sobre beneficencia premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas; la autora del *Manual del visitador del pobre*, de las *Cartas á los delinquentes*, del opúsculo sobre la pena de muerte, ha conquistado yá un glorioso renombre entre los estudiosos, renombre no formado como tantos otros por las sociedades de elogios mútuos, tan frecuentes hoy en la república de las letras, sino por el verdadero y sólido mérito que resplandece en sus escritos, y que me permite afirmar que la Sra. Arenal figura hoy como el primer escritor moralista entre los pocos que en España cul-

tivan esta esfera del pensamiento humano. Me honro con la amistad de la Sra. Arenal, pero mis palabras son hijas de la justicia y nada más que de la justicia. (Nota del Autor del Prólogo.)

(3) Si se tratara de presentar un cuadro completo del estado actual de la Escuela Sevillana figurarian como sus más genuinos representantes los Sres. Fernandez-Espino, Rodriguez Zapata, los esposos Lamarque, De Gabriel, Bueno, Reina y Ríos; apartándose algun tanto de ella por el fondo general de su pensamiento los Sres. Campillo y Huidobro, y conservando yá muy poco de sus caracteres generales el señor Velazquez y Sanchez.

Fuera de Sevilla existen algunos poetas que tambien pueden considerarse como pertenecientes á su Escuela, entre los que recordamos á D. José Amador de los Ríos y á D. Manuel Cañete; generalmente se considera tambien incluido en este número á D. Gabriel García Tassara; pero yo creo que este poeta, en el fondo y en la forma de sus composiciones, conserva muy poco ó nada de la fisonomía propia de la Escuela Sevillana.

Entre los jóvenes que hoy empiezan á cultivar el género lírico en la ciudad de San Fernando merecen nombrarse la Srta. D.^a Mercedes de Velilla, el presbítero D. Luis Herrera y los Sres. Lopez Muñoz, Velilla, Segovia y Ardizzone, Sanchez de Moguel, Sanchez-Arjona, Jimenez-Placer y Álvarez-Surga, que al presente sería muy difícil de clasificar. Tambien escriben yá con manifiesta tendencia á separarse de las tradiciones de la Escuela Sevillana los poetas D. Pascual Vincent, D. Cayetano de Ester y D. Federico Utrera. (Nota del Autor del Prólogo.)

En los pocos años trascurridos despues de haber escrito el señor Vidart lo que antecede, Sevilla ha visto con dolor sucumbir en su seno á la ilustre, popular y simpática novelista Fernan Caballero, que era uno de sus timbres de gloria, á los eminentes literatos Fernandez-Espino y Amador de los Ríos y á los jóvenes y yá aplaudidos poetas Álvarez-Surga y Ester.

Como compensacion á tan irreparables pérdidas, descuelan hoy ventajosamente algunos jóvenes que al escribirse el prólogo de este libro ó no se habian dado á conocer ó se hallaban en los albores de su vida literaria; y los nombres de Cano y Cueto, Montoto, Peñaranda, Velarde, Mas y Prat, Cavestany y otros son una garantía para esta Ciudad de que seguirá conservando el buen nombre que en todos los tiempos ha conquistado en el campo de las letras. Uno de los más brillantes astros de esta nueva pléyade era la malograda poetisa señorita de Estevarena, que, por sus excelentes cualidades y talento, gozaba de universal estimacion, y que al morir, poco despues de cumplir veinte años, deja en su coleccion de inspiradas poesías un monumento que eternizará su memoria.

(4) La escuadra que al mando del almirante Vernon pasó á sitiar á Cartagena fué, en sentir de muchos historiadores, la más grande que hasta entónces se habia presentado en las costas de América. «Componíase, dice el P. M. Florez, de ocho navíos de tres puentes, veintiocho de línea, doce fragatas de veinte hasta cincuenta cañones, doce bombardas, algunos brulotes y ciento treinta embarcaciones de transporte.» Constaba el ejército, segun Oliverio Golsdmith, de quince mil hombres de mar y otros tantos de tierra. «Jamás, dice, se vió una escuadra mejor equipada, ni la nacion habia manifestado más brillantes esperanzas.» Apesar de esto y de las escasas tropas que habia en la plaza, que, segun la relacion de Florez, ni á tres mil hombres llegaban, el resultado fué fatal para los ingleses, y si su escuadra fué la más fuerte que hasta entónces habia surcado los mares de Occidente, su derrota fué tambien la más grande que presenciaron aquellas costas, y, como dice el yá citado historiador inglés, «esta funesta expedicion vino á eclipsar la gloria britana.»

Florez que, segun dice, conservaba en su estudio varias de las medallas de que se hace mencion en el romance, copia en su *Clave historial* una de ellas y la describe de este modo: «La satisfaccion con que el Almirante inglés tomó la expedicion fué tan arrogante que, suponiendo la victoria ántes del com-

bate, hizo batir medallas de diferentes cuños, en que figuró á D. Blas de Leso de rodillas entregando la espada, con la inscripcion de *D. Blas* y alrededor: THE. SPANISH. PRIDE. PULLD. DOWN. BY. ADMIRAL. VERNON. Esto es: *La soberbia española abatida por el Almirante Vernon*. Por el otro lado grabaron seis navíos y un puerto con esta inscripcion: WHO. TOOK. PORTO. BELLO. WITH. SIX. SHIPS. ONLY. NOV. 22. 1739. *Quien tomó á Portobelo con sólo seis navíos. Noviembre 22 de 1739.*

(5) Insertóse este romance en el primer tomo de la *edición popular del Romancero* que publicaba en Madrid el conocido literato Gutierrez de Alba.

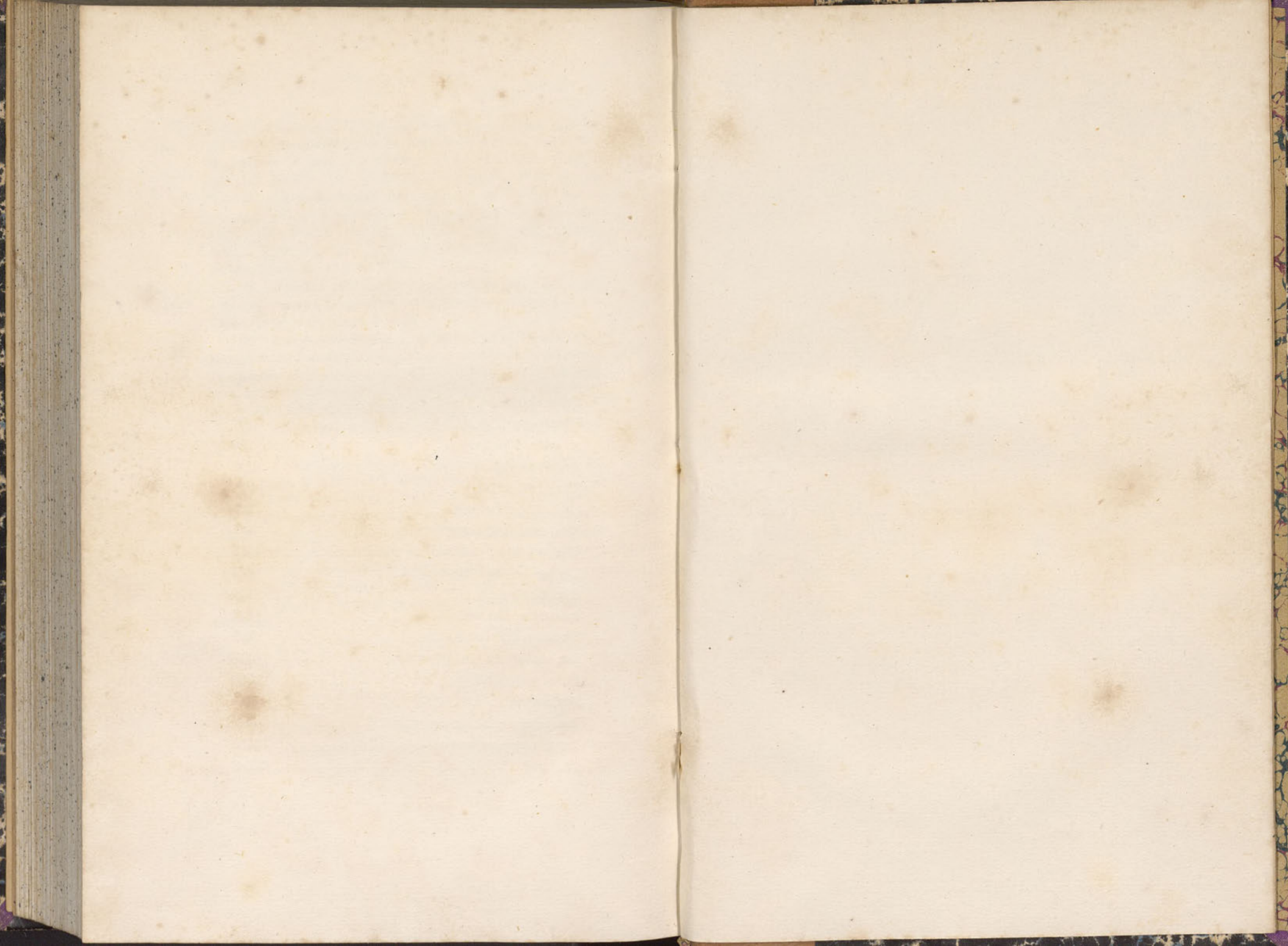
(6) Aún cuando Mariana, Morgado y otros historiadores llaman á esta heroína Isabel, debemos creer que su verdadero nombre fué Leonor, pues así está escrito en la losa que guarda las cenizas de su señora D.^a Urraca Osorio. Zúñiga, en los *Anales de Sevilla*, la llama Leonor.

(7) Así se dice en la yá citada lápida de doña Urraca Osorio.

(8) El lugar que ocupaba este edificio es hoy, segun dicen, la plaza que lleva su nombre. Con la demolición de la *Casa ó Corral* de D.^a Elvira desaparecieron entre otras las célebres estrechísimas calles del *Ataud* y de la *Muerte*, donde, segun la tradición, se verificaron las romancescas apariciones que convirtieron á D. Miguel de Mañara. La parte que aún resta de la calle de la *Muerte* se llama hoy de la *Susona*: la calle de la *Gloria*, contigua á todas éstas, se ha salvado hasta ahora del afán que reina en Sevilla de cambiar á todas sus nombres.

INDICE

	PÁGS.
Dedicatoria.	I
Prólogo.	V
A mis versos.	3
Sueños del alma.	5
En el campo.	20
Las dos rivales.	29
Belleza imperecedera.	40
Un avaro.	41
La vanidad burlada.	42
Sin corazon.	61
Leonor Dávalos.	63
Presentimiento.	96
La calle de la Gloria.	97
Oro y doublé.	108
Paisajes.	109
La más noble caridad.	167
Las mensajeras.	192
Notas.	203



67A20

2 TS.

OBRA COMPLETA.

4.500.

